

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS -
SERIE ★ ALFA

Clark **GABLE**
Claudette **COLBERT**

Frances **TRACY**
Hedy **LAMARR**

Editorial **ALFA**

FRUTO DORADO

2.50
PTAS.

THE
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
AND
ZOOLOGY
OF THE
CITY OF LONDON
AND
THE
MUSEUM OF
COMPARATIVE ZOOLOGY
OF HARVARD UNIVERSITY





Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 334 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70887 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbora, 16, Barcelona-Venecia, 17, Madrid

EDITORIAL
ALFA



AÑO XVII²

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

NUM. 52

NUM. 513

FRUTO DORADO

ESTAMOS en 1919 y la ciudad de Burnett, en el Estado de Texas, está rodeada de terrenos petrolíferos. Esto hace que acudan allí toda clase de aventureros en busca del codiciado líquido que ha de convertirles en millonarios. Nuestra historia sigue de cerca a John Sand y a John McMaster, que se conocen en una riña y acaban siendo amigos entrañables, después de haber sido protagonistas de las más enconadas luchas en negocios y en amor.

PRODUCCION:



Calle de Mallorca, 211

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>John McMasters</i>	CLARK GABLE
<i>Jonh Sand</i>	SPENCER TRACY
<i>Betsy Bartlett</i>	CLAUDETTE COLBERT
<i>Karen Van Meer</i>	HEDY LAMARR
<i>Luther Aldrich</i>	Franck Morgan
<i>Harry Compton</i>	Lionel Atwill
<i>Armonia Jones</i>	Chill Wills
<i>Whitey</i>	Marion Martin
<i>Eva</i>	Minna Gombell
<i>Ed. Murphy</i>	Joe Yule
<i>Tom. Murphy</i>	Horace Murphy
<i>Jackie McMasters</i>	Casey Johnson

Director:

JACK CONWAY

Narración literaria de
MARCOS ESTRADA

FRUTO DORADO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

LOS BUSCADORES DE PETROLEO

LA ciudad de Burnett es un hormiguero de gentes que van y vienen. Se habla, se discute, se pelea: Todos van a lo mismo: en busca de petróleo, ansiosos de hacerse ricos, de encontrar un terreno que encierre el deseado líquido, que es hoy día, la sangre, la vida del mundo.

En esta historia trataremos con hombres aventureros, valientes unos, farsantes otros, gentes todos ellos, no obstante, de la más firme voluntad, que recorrieron el Continente americano en busca de petróleo hasta dar con él en las colinas de Kettelman, llegando a poseer fortunas fabulosas, que más de una vez, desaparecían de sus manos de la mañana a la noche, porque un incendio

voraz destruía en pocas horas toda la labor de varios meses y de años también.

Estos buscadores de petróleo, que se lo jugaban todo hasta la vida, también tenían corazón y seguiremos de cerca los pasos de John McMasters y John Sand, dos de los más célebres aventureros que conoció Burnett, la ciudad improvisada, centro y punto de reunión de todos los que acudían a Texas atraídos por lo que contaban de que el petróleo estaba allí al alcance de la mano.

Lo que no faltaba en Burnett era barro en sus calles, tabernuchos y otros tugurios donde más de un buscador de petróleo había dejado el dinero y la vida. Esta población que pocos meses antes apenas si mere-

cía el título de poblado; veía hoy sus calles, recién abiertas, sin el más pequeño indicio de urbanización, atestadas de personal que iba y venía, carretillas tiradas por caballos, algún destarlado auto, que llegaba después de haber atravesado el continente; y como no existían establecimientos todavía, el barbero afeitaba a los clientes en la calle, mientras el vendedor de diarios aturdió a todos gritando que se habían descubierto nuevos yacimientos de petróleo a cuatro pasos de Burnett.

Todos los hombres que rodeaban al improvisado barbero abrieron los ojos y escucharon atentos el grito del muchacho que anunciaba la buena nueva.

—¡Unos yacimientos extraordinarios! ¡Entérense de ello sólo por veinticinco centavos!

Varios compraron el diario, que no era más que una hoja mal impresa, improvisada publicación, como todo lo de Burnett, y tenían admirados, la información del descubrimiento.

—Si yo tuviera maquinaria—decía uno de los hombres que esperaba turno para afeitarse—. Tengo ya el terreno, magnífico, pero el equipo cuesta tan caro...

—¿Tienes terrenos? —preguntó el barbero, interrumpiendo su labor.

—Sí.

El rapabarbas cogió un jarro que tenía allí cerca y dijo:

—¡Huele esto! Es una muestra de lo que da mi terreno, y también me encuentro sin maquinaria, esto es la desgracia.

El hombre a quien estaban afeitando, escuchaba silenciosamente la conversación sin decir una sola palabra, a pesar de que ello retrasaba, y no poco, su tocado.

El primero que había hablado siguió su disquisición con el barbero:

—Mira, allí está Luther Aldrich; ése puede venderte todos los útiles que te hagan falta.

—¡Luther Aldrich!—dijo en tono de admiración el cliente del barbero—, ¿dónde está?

—Allí tiene sus oficinas—repuso el barbero.

Sin esperar a que acabaran de afeitarse, aquel hombre se levantó de la improvisada peluquería callejera y se dirigió hacia el tienducho de Aldrich, situado a muy poca distancia.

—¡Aldrich! ¿Cómo estás? No nos habíamos visto desde que se descubrió petróleo en Kansas...

Luther Aldrich, hombre ya cincuentón, con la cabeza cana, miraba asombrado a aquel aventurero, a medio afeitar, que había penetrado en la tienda llamándole por su nom-

bre y demostrando satisfacción al verle de nuevo.

—Soy Sand... John Sand, ¿No me recuerdas?

Aldrich parecía no recordarle y tartamudeando un poco dijo:

—No sé... Me parece que no...

—Cye, hombre, estoy perforando un pozo y me hace falta maquinaria...

—¡Ah! Ya comprendo. Si, sí, recuerdo, Sand...

La idea de que el que había llegado podía ser un buen cliente animó a Aldrich y, adoptando una actitud amable, preguntó:

—¿Y dónde se encuentra el pozo que estás perforando?

—Se trata de una nueva sección, a unos cuarenta kilómetros de aquí.

—¡Oh, una nueva sección! ¿Un pozo de especulación?

—¡Tanto como esto, no!

—Te hará falta mucha maquinaria. Te costará, por lo menos, siete mil dólares, y vendo al contado.

—Me parece muy bien. Me mandas la maquinaria y en cuanto el pozo responda te la pago.

Aldrich varió de actitud inmediatamente y dijo resuelto:

—Ya me lo imaginaba. Especulación y nada más que especulación. No arriesgo ni un centavo en semejante clase de pozos. Todos los buscadores de petróleo estáis locos, por

no decir que sois unos timadores y algo peor también.

—Te aseguro, Aldrich, que hay una fortuna en mi pozo. Además, tú me conoces...

—No te conozco. ¿Crees que voy a ser tu hada bienhechora? ¡Vamos, hombre, a otro perro con ese hueso!

El comerciante de maquinaria, que no era la primera vez que se veía metido en un negocio de petróleo que no era más que un engaño, cerró la puerta de su improvisado almacén y John Sand salió a la calle, calle que no era más que un lodazal, al extremo de la cual, para cruzarla, había sido menester colocar una palanca.

Un hombre joven, fuerte, varonil, vestido como todos los que se velan por Burnett, ponía pie sobre la palanca para cruzar la calle.

—Hermano—dijo el rapaz que administraba el tránsito por la palanca—, cincuenta centavos si quieres cruzar.

—Toma—dijo el forastero entregando una moneda.

La misma escena tenía lugar al otro extremo de la palanca, dando por resultado que en mitad de ella se encontraron dos hombres decididos a pasar a la vez, cosa completamente imposible. El más alto y también más joven, miró de pies a

cabeza al que se cruzaba en su camino, y le dijo:

—Oye, pequeño, ¿quieres hacer el favor de hacerte hacia atrás?

—No tengo intención de desandar lo andado, y no me llames pequeño.

—Te llame pequeño o te llame hijo poco importa...

—¡Apártate de una vez y déjame pasar!—gritó el más bajo, que no era otro que John Sand, a quien hemos conocido al principio de nuestra historia.

—¡Déjame el paso libre, o los clavos de mi calzado harán amistad con tu cuerpo!

Parecía inminente la caída de Sand al barro, cuando se oyó un murmullo de gentes corriendo y se vió a poca distancia al sheriff Armonía disparando la pistola contra uno que huía.

Los dos hombres que estaban discutiendo sobre la palanca, adivinaron el peligro y olvidando su rencilla se tiraron de cabeza al barro para salvarse de los tiros del sheriff.

El fugitivo disparó contra Armonía sin tocarle pero éste, con más buena puntería o mejor suerte, logró herirle y, por consiguiente, detenerle.

Pasado este desagradable incidente, que por otra parte era moneda corriente en Burnett, los dos aven-

tureros que se habían tirado al barro, tuvieron a bien hacer amistad.

—Soy John McMasters—dijo el más joven, alargando la mano a Sand, gentileza que éste ignoró.

—No te conozco ni tengo ningún interés en conocerte —contestó Sand.

Cubiertos de barro de pies a cabeza, uno fue por un lado y otro por otro. El que se había dado a conocer por el nombre de McMasters se entretuvo hablando con el sheriff y con el muchacho que regulaba el paso por la palanca.

—Siento mucho lo ocurrido, McMasters—dijo Armonía—; voy a ver si te limpio un poco.

—No te apures, ya me lavaré. ¿Qué había hecho este hombre? —preguntó McMasters refiriéndose al herido.

—Se dedicaba a robar maquinaria y quería detenerle. No me explico por qué a la gente no les gusta respetar la ley. Esto me costará no dormir esta noche.

—El sí que dormirá —contestó McMasters.

El cafetín, posada y baile, propiedad de una mujer llamada Eva, que ya no era joven, pero que se resistía a ser vieja, era el punto de reunión de todos los que acudían a Burnett y la propietaria gozaba de mucha popularidad entre su cliente-

la, para quien siempre tenía una sonrisa y una palabra amable.

—¿Cómo se encuentra mi simpática Eva?—preguntó Mc Masters al entrar, dirigiéndose al mostrador.

—¡Oh! ¿De dónde vienes tan sucio? ¿Tomas baños de barro?

—Sí, para conservar la piel más fina.

En el centro del establecimiento está Whitey, una bonita bailarina de pelo rubio platino y aire ordinario como todo lo que la rodea.

—Eva, ¿dónde tenías escondida a esa preciosidad?—preguntó Mc Masters.

—Quien estaba escondido eras tú. Hace muchos días que no habías venido por aquí. Es joven esta muchacha. No ha trabajado más que aquí.

McMasters miró de nuevo a la bailarina y sonrió maliciosamente, por no encontrarla ni tan joven ni tan inexperta. Con el aplomo del hombre que ha corrido mucho mundo, sacó de su cartera un billete de cincuenta dólares y lo tiró a Whitey, que lo recogió sonriente.

—No le des tanto dinero, la harás volver exigente.

—Me sobra el dinero. He ganado ochocientos dólares perforando un pozo y mañana mismo marchó hacia California. Están haciendo pozos para especular allí.

—¡Dichosos pozos y dichas especulaciones! Si ya tienes dinero, ¿por qué no sientas la cabeza?

—¿Sentar la cabeza, Eva? ¿Para qué? ¿Hay algo más divertido que viajar, correr mundo y perforar pozos? Esto es vida para mí. Manda que me preparen un buen asado. Ahora voy a lavarme.

McMasters se separó del mostrador y dirigiéndose a la bailarina, que estaba sentada entre varios hombres alrededor de una mesa, dijo:

—¡Chica, espérame, que en cuanto me haya sacado todo el barro de encima bajaré en seguida. No dejes que estos gorilas te hagan daño.

—Sé defenderme — contestó la bailarina.

En el piso superior del tabernáculo de Eva había varias habitaciones destinadas a viajeros como McMasters, que no exigían lujos ni confort; solamente una cama para pasar la noche, ya que al día siguiente emprendían la marcha, siendo probable que la próxima la pasarían al raso.

McMasters, que conocía de memoria todas las dependencias, abrió una puerta, pero aquella habitación estaba ocupada; abrió otra y fué a parar donde ya estaba Sand lavándose tranquilamente, sin que el primero le reconociera por estar de espaldas.

—Un poco de ligereza—dijo Mc. Masters—, que necesito lavarme, hermano.

Sand reconoció la voz y volvió la cara para mirarle.

—¿Otra vez cara a cara, pequeño?...—dijo McMaster.

—¿Sabes que ya estoy harto de encontrarte?

—Me disgusta que me hables así, pequeño.

—Ya te he dicho antes que no me llames pequeño.

—¿Y por qué no?

McMasters sacó un rollo de billetes de Banco del bolsillo del pantalón y los dejó encima la cama. Sand, que le estaba observando, vió el dinero y pensó que tal vez sería mejor variar de conducta ante un hombre que poseía aquel capital.

—No sé por qué hemos de pelear tú y yo. Podríamos arrepentirnos algún día de no haber querido ser buenos amigos.

—Podría muy bien ser que tú te arrepintieras—contestó McMaster sonriendo.

—¿Quieres lavarte? Espera, que limpiaré la palangana. Pondré agua limpia, y te aconsejo que eches un poco de ginebra en el agua para limpiar la grasa que tienes en las manos. Toma, yo tengo ginebra.

Sand alargó a su nuevo amigo un

botellín, del cual McMaster bebió un trago en lugar de echarlo al agua.

Mientras tanto, Sand miraba el fajo de billetes que estaba encima la cama.

—Llevas mucho dinero—dijo—; ¿unos siete mil dólares?

—¿Me atracarías por semejante cantidad?

—No; pero se me ha ocurrido que tal vez te interesaría invertir algo en un pozo de petróleo.

—No, no. Me voy a California; los pozos de especulación son mi fuerte.

Sand sacó un mapa del bolsillo de su chaqueta y señalando a un punto determinado dijo:

—¿Quieres más especulación que esto? Si inviertes en este pozo tus siete mil dólares partiremos los beneficios, y puedes tener la seguridad de que hay petróleo.

McMasters, quien en realidad no tenía más que aquellos ochocientos dólares que estaban encima la cama, empezó a pensar.

—Dime, Sand, ¿estás seguro de que hay petróleo en tus terrenos?

—Mira mis manos. ¿Crees tú que estos callos salen haciendo ganchillo?—y al decir esto, el aventurero mostraba a su amigo unas manos callosas.

—Mira las mías.

—¡Ah! ¡También te dedicas a

esto! Entonces vamos a ser socios.

—No, no; me marcho a California. De todas maneras, te invito a beber una copa. Bajemos al café.

Los dos hombres, que ya habían arreglado un poco su aspecto, bajaron al café y vieron a la bailarina que todavía estaba con los mismos hombres, McMasters, a quien no faltaba audacia, se acercó a la mesa y dijo:

—Whitey, ¿vienes a cenar conmigo?

—Sí—contestó la joven levantándose.

Uno de los hombres intentó sujetarla por una mano.

—Suéltame, no seas imbécil. Voy con quien me parece.

Satisfecho con el éxito, McMasters, acompañado de Whitey y Sand, fueron a sentarse alrededor de una mesa que atendía la propia Eva.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—preguntó Eva.

—Pequeño — contestó McMasters.

—No, señor; me llamo John Sand.

—Voy a ver si encuentro una chica simpática para completar la tertulia.

—No se preocupe, Eva; prefiero un poco de ron.

—¿Tienes novia? — preguntó la bailarina.

—Apostaría que sí la tiene—dijo Eva.

Mientras así hablaba el grupo de McMasters, los tres hombres cuya mesa había abandonado Whitey, se levantaron y dirigiéronse allí donde estaba la ingrata. Uno de ellos tocó a la bailarina por la espalda y dijo:

—Hemos estado pensando que tú vuelvas con nosotros...

McMasters, distraído hablando con Eva, no se había dado cuenta de los intrusos y Sand en voz baja le dijo:

—Me parece que tenemos invitados.

—Así parece — asintió el otro, que con una mirada había tenido bastante para hacerse cargo de la situación.

Sin dar tiempo a los que iban a pedir explicaciones, Sand se levantó y de un puñetazo derribó a uno de ellos. McMasters siguió su ejemplo y puso a otro fuera de combate. Solamente quedaban dos en pie y con poco esfuerzo se libraron de ellos.

Como si nada hubiese ocurrido, los dos amigos se sentaron de nuevo para reanudar la comida tan estúpidamente interrumpida.

—Veo que sabes dar un puñetazo cuando es necesario, pequeño. Me imaginaba que sólo sabías ha-

blar. Dime, ¿dónde están esos terrenos de que me has hablado?

—A cincuenta kilómetros de aquí.

—Mañana iremos a verlos.

El ánimo con que Sand le había defendido de la cobarde agresión de que iba a ser objeto por parte de los admiradores de Whitey había conquistado la simpatía de McMas-

ters y desde aquel instante nació entre los dos aventureros una amistad que sufriría muchas alternativas, pero como que tendría buenos cimientos, resistiría todos los golpes de la adversidad. Sand era ya desde aquel momento quien se sacrificaría siempre para el amigo y a veces éste no lo sabría reconocer ni agradecer.

LOS TERRENOS DE SAND

A PRIMERA hora de la mañana salieron de la posada de Eva los dos aventureros para poder llegar a los terrenos antes de mediodía. El recorrido se haría en carro tirado por caballos cuya velocidad no era mucha, y también porque el estado de los caminos no podía ser peor. Después de varias horas de viaje llegaron a los terrenos de Sand y éste con una cerilla intentaba encender unas burbujas que parecían de agua. De vez en cuando una se encendía dejando ver una ligera llamita.

—Los geólogos dicen que esto es gas superficial. Yo digo que es petróleo.

—Y creo que tienes razón—contestó McMasters

—Estoy seguro de ello y vamos a perforar aquí mismo, donde estamos ahora.

—Espérate... Aquí precisamente, no. ¿Por qué no perforamos allí, donde hay aquellos huesos de ciervo?

A cierta distancia se veía lo que había sido la cabeza de un ciervo, y sea por superstición o por lo que fuera, McMasters indicó aquel lugar.

—No lo sé... Yo creo que el sitio indicado es aquí donde nos encontramos. Tengo mucha experiencia.

—Y yo. Estaba ya cansado de perforar pozos antes de que tú fueras a la escuela, ni supieras todavía lo que era petróleo.

—Bueno, bueno, no vamos a pe-

leer por esto. Lo jugaremos a cara o cruz. ¿Tienes una moneda? A ver quién va a ser el amo.

McMasters entregó a Sand una moneda.

—¿Cara o cruz?—preguntó Sand.

—¡Cara!

Sand tiró la moneda al aire.

—¡Cara! McMasters, tú serás quien mande. Perforaremos junto al cráneo del ciervo.

—No me importa. Creo que tal vez tú tienes razón. Podemos perforar aquí.

—Lo que interesa es el equipo, la maquinaria. ¿Tienes muchos dólares?

—Ayer noche tenía ochocientos.

—¡Creía que tenías siete mil!

—Tú dijiste que eran siete mil.

—No podremos hacer nada.

—No te preocupes; como amo que soy te aseguro que tendremos maquinaria.

Dos días después en Burnett y frente al almacén de Aldrich se encontraba McMasters sentado en el pescante de un enorme carromato cargado de maquinaria. Armonía, el sheriff, estaba dormitando a poca distancia.

—Es necesario vigilar mucho, McMasters. No hace mucho me robaron dos partidas de maquinaria.

—Señor Aldrich, usted me ha contratado para que conduzca esta

maquinaria a su destino y cuidará este equipo como si fuese mío.

—Lo mejor será que Armonía te acompañe... ¡Armonía, Armonía!

—No creo que sea necesario molestar al buen hombre. Además, es un bendito, tiene tanto de sheriff como yo de fralle.

—Sí; pero una autoridad siempre inspira respeto. Si alguien intentara robarle, él lo impediría.

—Como usted quiera, señor Aldrich. Vamos, Armonía, es hora de ponernos en marcha.

—¡Oh! ¿Eres tú, McMasters? No te había reconocido. ¿Ahora te dedicas a conducir los carros de Aldrich?

—Hay que aprovechar todo lo que pasa. La vida tiene muchas alternativas.

Mientras tanto, Armonía había subido al pescante y acomodándose al lado de McMasters se disponía a hacer el recorrido necesario. Al poco rato sacó un libro del bolsillo y se puso a leer en voz alta:

—«Se agrega un poco de sal, y se sirve muy caliente.»

McMasters, que sabía muy bien a lo que iba y a quien la compañía del sheriff no interesaba, le preguntó:

—Oye, Armonía, ¿no te gustaría más ser cocinero que perseguir a la gente?

—¡Ya lo creo! Yo era cocinero de un rancho y un día lo asaltaron una partida de bandidos. Hice lo que pude para defender la casa y herí a varios, dando tiempo a que llegaran refuerzos. El sheriff de aquel distrito le gustó la forma en que yo había procedido y me dió este cargo.

—¡Vaya, vaya con Armonía, tan buen cocinero como policía!

—Ahora veo una receta para preparar merengues.

Poco a poco iban adelantando y el sheriff seguía absorto en la lectura del libro de cocina. De repente, apareció un cuervo en el firmamento. La presencia del pájaro distrajo a Armonía de la lectura y cogiendo la escopeta que llevaba consigo, disparó un tiro y mató el ave.

—Detesto a los cuervos, porque se comen las palomas.

—¡Manos arriba!

Era una voz extraña la que hablaba.

El estupor de los dos viajeros fué grande, no esperaban verse atracados en aquel lugar. El atracador era un hombre bajito con cara resuelta.

—¡Nada de tonterías. ¡Baja del carro!

—Baja tú primero—dijo Armonía a McMasters—y yo desde aquí le disparo un tiro.

—No, no puedo; estoy temblando de miedo.

Sin pensarlo mucho, Armonía preparó la escopeta para disparar contra el atracador y al darse cuenta de ello McMasters le dijo:

—No dispaes, que sería capaz de acribillarnos a balazos y todavía saldríamos perdiendo.

McMasters, aparentando un temblor nervioso extraordinario, dió un golpe a la escopeta del sheriff, dejándole desarmado. El atracador aprovechó este incidente para apoderarse del arma de Armonía, que recogió del suelo, y con las dos víctimas desarmadas, el salteador de caminos, que no era otro que John Sand, les ordenó que bajaran de una vez del carro y se dispusieran para regresar andando, ya que él se quedaba con el vehículo y la maquinaria.

A pesar de toda la buena voluntad del sheriff no tuvo más remedio que achicarse a las órdenes del foragido y reemprender la marcha a pie hacia Burnett acompañado de McMasters.

Mientras los derrotados desaparecían del sitio donde habían sido sorprendidos, John Sand montaba en el carromato y tranquilamente conducía la maquinaria a sus terrenos, donde ya sabía que al día siguiente o tal vez antes, McMasters se reuniría con él. El truco les había salido muy bien y ya poseían los útiles ne-

cesarios para empezar a perforar sus pozos. En cuanto a Luther Aldrich, vendedor del material, ya se consolaba, pues no era la primera vez que desaparecía un vagón de maquinaria en ruta.

Los dos que habían sido vencidos iban ganando terreno hacia Burnett y de repente McMasters dijo al sheriff:

—Oye, Armonía, te ruego que no digas a nadie que me he portado como un cobarde, pero es que no me gusta jugar con pistolas. No estoy acostumbrado a ello. Las piernas me temblaban de una manera atroz.

—Cálmate, hombre, cálmate; cualquiera está expuesto a una cosa semejante. Yo mismo no me he sabido defender como hubiera debido. Aldrich será el que se pondrá furioso. Otro vagón de maquinaria que desaparece, y seguramente no será el último.

—Se harta de ganar dinero, el tío aquel; no le vendrá de un equipo más o menos. Ya me imagino que nos recibirá a patadas, y, naturalmente, perderé el empleo. Bueno, no me importa; ya buscaré otra cosa.

McMasters aparentaba estar un poco desanimado ante la pérdida de un trabajo que sólo había buscado para hacerse con los útiles que

les hacían falta para perforar sus pozos, y conseguidos éstos, lo que le interesaba era reunirse cuanto antes con Sand.

El disgusto de Aldrich fué importante; pero como que Armonía, la única autoridad de Burnett, no había podido evitar el atraco, se resignó a la pérdida y, como era de esperar, despachó a McMasters y éste salió disparado hacia los terrenos de Sand.

Los dos socios empezaron a trabajar con un entusiasmo enorme, seguros de triunfar y un día Sand probó la tierra que extraía. Con la misma satisfacción que si probara un buen vino, exclamó:

—Ya estamos cerca; esta tierra tiene muy buen sabor, McMasters. Pruébala.

El otro socio siguió la indicación de Sand y dió también su conformidad.

—¿Eras tú quién quería perforar junto al esqueleto del ciervo? Nos habríamos lucido.

McMasters sonrió.

—¿Sabes en qué estoy pensando? —preguntó Sand.

—Tú dirás.

—Que estamos de suerte, pues es raro que Aldrich no se haya enterado de que fuimos nosotros quienes le quitamos la maquinaria.

—Es que pienso pagársela en cuanto encontremos petróleo.

McMasters vigilaba los pozos, iba de uno a otro cantando y gritando entusiasmado.

—¿Verdad que entusiasma la busca de petróleo?—preguntó Sand.

—Sí; entusiasma tanto como la presencia de una mujer bonita. Por cierto, ¿y tu novia? Supongo que cuando seas millonario le comprarás sortijas de brillantes.

La conversación fué interrumpida por un ruidito que procedía de uno de los pozos.

—¡El petróleo está llegando!— exclamó Sand.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando surgió un chorro, que llegó a gran altura y creyeron que era petróleo. La alegría de los dos aventureros fué enorme. Gritaban, saltaban, se abrazaban, y por fin se dirigieron al pozo que continuaba manando líquido, viendo con consternación que aquello no era más que agua.

—¡Agua salada! — dijo McMasters probándola.

—¡Hemos dado con el golfo de México!

Se sentaron para comentar el desengaño y McMasters ofreció un cigarro a Sand.

—Supongo que ahora podremos fumar.

—Ya no me interesa nada—contestó Sand rechazando el cigarrillo.

—No lo tomes así, hombre. Es cuestión de empezar de nuevo perforando un nuevo pozo.

—Hubiese sido mejor perforar junto al esqueleto del ciervo. Estoy completamente desanimado.

—Claro, estás pensando en tu novia y todos los planes que tenías. ¿Cómo se llama? ¿Está muy enamorada?

—Supongo que sí. Creo que le gusto—dijo Sand en su tono bonachón—. Yo me había hecho la ilusión de mandarla a buscar si este pozo daba resultado. Pero ahora ya no hay nada que hacer.

—Animo, hombre, ánimo. Mañana mismo empezaremos a perforar junto al esqueleto del ciervo y verás cómo sale petróleo.

Mientras así hablaban, se iba acercando un auto destartado con tres ocupantes. Su marcha era lenta porque el estado del camino era pésimo.

Sand fué el primero en oír el ruido del auto.

—¿Quién viene por allí?—dijo Sand.

Su amigo miró hacia donde indicaba y sin darle tiempo a hablar, Sand gritó:

—¡Es Luther Aldrich!

Cuando McMasters había ido a

reunirse con Sand había hecho el recorrido en un viejo auto, en el cual montaron ahora precipitadamente para huir del hombre a quien habían despojado.

Junto con Aldrich iba Armonía y un hombre llamado Harris. El primero se dió cuenta de que se les escapaba la presa y empezó a gritar:

—¡Se escapan, se escapan!

McMasters, sentado junto a Sand con el coche ya en marcha, dijo:

—Para un momento que voy a reventarle un neumático.

Cogió la escopeta y apuntando con mano firme disparó contra el neumático delantero del auto de Aldrich, dejándolo inutilizado.

Los dos amigos, libres en parte de su perseguidor, salieron a buena marcha, mientras Aldrich y sus acompañantes se apeaban y disponíanse a llegar andando a los pozos.

—¡Se escapan, se escapan!—gritaba Aldrich desesperado—. Armonía, tú eres la autoridad aquí, debes hacer algo!

El sheriff llegó hasta los pozos y empezó a examinarlos.

—¿Quién sabe si McMasters recogió mi libro de cocina?

—¡Miles de dólares perdidos aquí, en un pozo de agua!—exclamaba Aldrich desesperado—. No pararé hasta verles ahogados en su propio petróleo, ¡Granujas! ¡Se han escapado se han escapado!

AFORTUNADOS EN EL JUEGO...

LUTHER Aldrich no pudo echar mano a los dos fugitivos; y tampoco valía la pena emprender una persecución en toda regla, porque entonces hubiese tenido que abandonar su almacén y le interesaba mucho más vender equipos de maquinaria a nuevos clientes que correr detrás de unos insolventes que ya le habían despojado. Así es que después de murmurar unas cuantas maldiciones y juramentos sobre aquel par de desahogados, regresó a Burnett e intentó olvidarlos.

Sand y McMasters procuraron alejarse lo más posible de la ciudad improvisada, viviendo como buenamente podían, trabajando un día en un sitio y otro en otro. Su intención era reunir algunos dólares para po-

der dedicarse de nuevo a los terrenos de Sand, ya que ambos estaban seguros de que junto al esqueleto del ciervo todavía podrían encontrar petróleo.

Una tarde, después de una dura jornada en los terrenos de un buscador más aventurero que ellos, a poca distancia de Burnett, Sand y su inseparable amigo fueron a pasar un rato en el tabernucho de la localidad, donde no faltaba su mesa de juego. Ambos llevaban unos cuantos dólares en el bolsillo.

—¿Qué te parece si probáramos la suerte?—preguntó McMasters.

—¿Para qué? ¿Para quedarnos sin un centavo y sin comer.

—No, hombre, no. Pruebo con un dólar; si tengo suerte repito y si no, nos vamos

McMasters había adquirido un ascendente enorme sobre Sand y era quien dirigía todos sus movimientos.

Los dos penetraron en el salón de juego, que no era más que una habitación que apestaba a vino y tabaco, pero donde se dejaban los dólares a millares. McMasters tenía un aplomo especial que le permitía abrirse paso en todas partes, y, a pesar de haber entrado los últimos, al poco rato eran los primeros que tiraban los dados. Pronto el dólar se multiplicó en cinco, luego en quince, en veinte, y cada vez era mayor la apuesta y mayor la ganancia. Era indudable que McMasters tenía una hora afortunada. Sand observaba el juego con interés y le animaba. Todos los jugadores les estaban mirando. El montoncito de fichas y dólares iba aumentando.

—Hoy tengo un día que no puedo perder—dijo McMasters cuando vio ante él unos dos mil dólares.

—No cabe duda de que la suerte te sonríe—contestó Sand.

—Verás cómo doblo estos dos mil dólares—dijo McMasters.

—No, no quiero verlo. Nos basta con estos dos mil—dijo Sand, y al mismo tiempo recogió el fajo de billetes que había encima la mesa.

Los que les miraban quedaron un poco sorprendidos de la actitud de Sand y de ver lo bien que lo tomaba

McMasters. Este, dirigiéndose a los que estaban alrededor de la mesa, dijo:

—Es mi tutor, ¿comprendéis?

Todos se echaron a reír y los dos amigos salieron del establecimiento con su pequeña fortuna y sin saber, el que la había ganado, qué es lo que pensaba hacer su compañero con la ganancia.

—Sand, ¿adónde vamos con todo este dinero?

—¡A Burnett pitando! Y una vez allí perforaremos junto al esqueleto del ciervo, tal como tú querías desde un principio. ¿Te acuerdas?

Pocas horas después los inseparables amigos se encontraban ante el almacén de Aldrich, en Burnett.

—¿Qué intentas? — le preguntó Sand.

—Pagar a Aldrich.

—Pero... ¿es que tú crees que con dos mil dólares le pagues aquel equipo?

—Tú sígueme y no metas la pata.

Aldrich estaba sentado ante su mesa arreglando cuentas con un empleado y vio que entraban dos clientes, a los que al principio no reconoció y recibió amablemente. Cuando Sand habló, recordó la voz y se puso a gritar:

—¡Son ellos! ¡Son ellos! Hay que hacer algo, ¡pronto, pronto!

El empleado iba a salir a la calle,

sin duda para llamar al sheriff, pero McMasters le cogió por el brazo y le obligó a pararse:

—Calma, señores, calma —dijo Sand—, venimos para hablar de negocios.

—¿Negocios? ¿Qué clase de negocios?—preguntó Aldrich.

—Venimos a pagar lo que debemos.

—¡Oh, a pagar! ¿Por qué no lo habíais dicho antes?

La palabra pagar había calmado completamente a Aldrich y con amabilidad extraordinaria les dijo:

—Precisamente ayer estaba pensando en qué sería de vosotros.

—Aldrich —dijo Sand—, aquí tienes dos mil dólares a cuenta...

La suma no hizo gracia al comerciante y empezó a tartamudear maldiciones. McMasters intervino:

—El resto lo pagaremos en cuanto terminemos de perforar un nuevo pozo. Lo que conviene es que nos facilites más maquinaria para seguir perforando.

—Lo que os facilitaré será una orden de detención.

—No tendremos más remedio que asociarle con nosotros —dijo Sand—, tiene cierto derecho.

—¡Ah, esto no, de ninguna manera! ¿Sabes lo que representa otro socio? Más de medio millón de dóla-

res. Nuestro pozo es fantástico—dijo McMasters.

—¿Qué decía? ¿Decís asociarme con vosotros?—preguntó Aldrich, un poco interesado ya.

—Hombre, si McMasters no lo quiere...

—Ni yo tampoco—contestó Aldrich—; sólo vendo al contado.

—Te daríamos una octava parte —insinuó Sand.

—¿Regalarle un millón? No, hombre, no—dijo McMasters.

—Tienes razón a la larga serían diez millones—repuso Sand.

El diálogo entre los dos aventureros era tan bien llevado, que Aldrich empezaba a titubear.

—Tal vez tomaría en consideración una octava parte—dijo Aldrich.

—Ni pensarlo —contestó McMasters—, sería un atraco.

Los dos buscadores de petróleo seguían la conversación entre sí con toda astucia, para despertar la ambición de Aldrich y conseguir la maquinaria que les hacía falta.

—Escuchad —dijo Aldrich—, ¿qué es lo que os hace pensar que esta vez encontraréis petróleo?

—¿Crees tú que estaríamos aquí exponiéndonos a que nos mandes a la cárcel si no tuviéramos seguridad de que nuestro pozo es bueno? —dijo Sand— Vamos, Aldrich, pro-

porciónanos un equipo de maquinaria...

—Bueno, bueno; pero tenéis que cederme una octava parte. Firmaremos un contrato ahora mismo y Armonía os acompañará para que no me la peguéis de nuevo.

Sand y McMasters sonreían satisfechos ante su triunfo. Pagaron los dos mil dólares a cuenta y Aldrich se comprometió a facilitarles la maquinaria que les hacía falta, a cambio de una octava parte de las ganancias, dudosas todavía.

EL POZO BETSY

HABIAN transcurrido algunas semanas y nuevamente Sand y su amigo se encontraban perforando junto al esqueleto del ciervo. Formaba parte de la expedición el sheriff Armonia, que había asumido el cargo de cocinero para los dos buscadores, dirigiendo como autoridad.

—Es hora de comer — gritó Armonia a los dos amigos que estaban trabajando.

—Vamos—dijo McMasters a su amigo—, tengo apetito.

—Antes tengo que hacer algo —dijo Sand que llevaba un madero en la mano.

—¿De qué se trata?

—Ya lo verás.

—Estás muy misterioso hoy,

—No lo creas, quiero pintar un nombre para bautizar el pozo en cuanto rinda su dorado fruto.

Con toda calma Sand empezó a pintar unas letras y su amigo al fin pudo leer la siguiente inscripción:

«La bonita Betsy»

—¡Ah! ¿Y cuándo conoceremos a esa muchacha?

—Esto depende del pozo; ¡si encontráramos pronto lo que andamos buscando con tanto afán!

Pintado el letrero se sentaron a comer el guiso que les había preparado Armonia.

—¿Conejo otra vez? —dijo McMasters.

—Sí, conejo a la parisíen—dijo el cocinero.

—¿No podrías cazar alubias alguna que otra vez? Me parece que

me voy a Burnett a ver si Eva me prepara un buen asado.

—No vayas—dijo Sand—, ya estamos bien aquí...

—Hace cinco semanas que trabajamos sin levantar cabeza. Esto no es natural. Me voy a Burnett.

—Puedes ir con Armonía. Yo me quedo para seguir perforando en cuanto haya comido. Además, tengo que escribir una carta.

—Tanto sacrificio para una chica que a lo mejor ni se acuerda de ti, ermitaño.

—Cada uno mira las cosas a su manera, McMasters, y yo prefiero no ir a pasar el rato en el cafetín de Eva.

—Pues que cada uno haga lo que le parezca. Vamos, Armonía, nos divertiremos de lo lindo.

—Sí; yo podré aprovechar el rato para hacer unas compras—dijo el cocinero.

—No regresaremos hasta mañana por la mañana, ¿oyes, Sand?

—Ya sabes que puedes hacer lo que mejor te parezca. ¿Pararás en la posada de Eva?

—Claro, todavía no hay Palace Hotel en Burnett.

Si bien es verdad que los dos socios no habían encontrado todavía petróleo, McMasters se sentía tan optimista como si todos sus pozos

ya estuvieran manando líquido día y noche.

Armonía, con la cabeza llena de fórmulas culinarias, iba sentado al lado de su nuevo amo pensando en las especias, grasa, harinas y demás comestibles que debía adquirir en Burnett.

Entretenido cada uno con sus meditaciones llegaron a la ciudad sin haber cambiado palabra y al parar el viejo auto en lo que daban en llamar la Plaza del pueblo, entraba también el autobús que prestaba servicio de Burnett a otra ciudad más importante, situada a unos cien kilómetros. Del autobús se apearon varios pasajeros, entre los cuales estaban tia Molly y su marido. Una pareja poco recomendable, que tenía una casa de huéspedes de carácter dudoso. Del mismo vehículo se apeó una bonita joven, de aspecto fino, bien vestida, que miraba, un poco azorada, aquella plaza y las gentes que por allí andaban.

McMasters y Armonía se fijaron en la joven y el primero dijo:

—Supongo que esa muchacha no irá a hospedarse en casa de tia Molly...

Disimuladamente se acercaron los dos hombres hacia la forastera y pudieron oír cómo el marido de tia Molly decía:

—Créame, señorita, en nuestra

casa se encontraría usted muy bien; es mucho mejor que la posada.

—Más familiar — agregaba tía Molly para persuadirla.

McMasters ya no pudo aguantar más y abriéndose paso se colocó ante la recién llegada, diciendo:

—Señorita, como que usted es forastera no sabe quién son los que le hablan, pero yo le informaré. Tía Molly ha estado en la cárcel; y en cuanto a él, no sé exactamente cómo calificarlo.

Al oír esto, el marido sacó un revólver que McMasters le arrebató al instante y entonces tía Molly hizo ademán de sacar un cuchillo del bolsillo de la falda.

—Vamos, tía — le dijo McMasters —, no reincida en sus bromas, que me obligaría a darle un puntapié y lo sentiría muchísimo. Lo mejor es que se marchen pronto de aquí. ¿Entienden?

La infame pareja vió perdida la partida y se marchó. Entonces McMasters se dirigió a la forastera, diciendo:

—Esas gentes tienen una casa de huéspedes, pero estoy seguro de que una joven como usted estaría fuera de lugar entre aquel personal.

—Me parece que le comprendo. No es necesario ser muy lista para darse cuenta de quién eran. Antes de morir mi madre ya me puso so-

bre aviso de las cosas y gentes que podía hallar en la vida y me he dado cuenta en seguida de sus intenciones—dijo la joven.

—Es mejor así; no obstante, creo que será mejor que la acompañe.

—¿Usted cree? ¿Se siente caballero andante salvando a la dama del dragón?

El tono un poco irónico de la joven tenía inquieto a McMasters acostumbrado a ser obedecido a la primera palabra.

—Este país no es muy a propósito para que una joven como usted viaje sola...

—Un caballero andante con botas y...

—¿Caballero andante?...

—Sí; y no todos eran buenos. Adiós.

La joven dejó plantado a McMasters, y el chofer del autobús se acercó riendo:

—¡Te ha dado esquinazo! ¡Le has hecho tanta gracia como el cólera!

—¿Qué sabes tú de caballeros andantes?

—Nada; igual que tú, McMasters.

Además de la posada de Eva existía en Burnett un fonducho que ostentaba el pomposo nombre de hotel y allí fué la forastera en busca de hospedaje. Se dirigió al mostrador y

preguntó dónde podría encontrar a John Sand.

—Los terrenos de Sand están a cincuenta kilómetros de aquí. Si quiere ir puedo proporcionarle un auto de alquiler.

—No, esta noche no. Iré mañana por la mañana. Deme una habitación y bajaré a cenar.

Pocos minutos más tarde, la joven, que no era otra que Betsy, la novia de Sand, bajaba al comedor para cenar. Se sentó ante una mesa y la camarera le preguntó qué deseaba comer.

—¿Tienen pollo bueno?

Antes de que la camarera tuviese tiempo de contestar, se oyó la voz de McMasters que acababa de entrar, y dijo:

—No pida pollo, que es conejo de corral.

—De nuevo me salva el caballero andante—repuso Betsy con aquel tono irónico que había adoptado ante la insistente protección de aquel hombre que, a pesar de no saber quién era, le resultaba simpático.

—¿No tiene usted confianza a McMasters?

Al oír este nombre, Betsy abrió los ojos con asombro. Sin duda, no era la primera vez que lo oía; pero él no se dió cuenta de ello.

—No se fie mucho de él, señorita—dijo la camarera.

—¿Es usted John McMasters?

—Ah, me conoce!

—¿No le extraña que le conozca yo siendo forastera?

—No; soy muy conocido en este pueblo—dijo, satisfecho de su supuesta popularidad.

—Había oído hablar de usted antes de llegar a Burnett.

—¿Entre los pasajeros del autobús?

Betsy vaciló un instante y al fin dijo:

—Sí, estaban diciendo: «El gran John McMasters es un valiente muchacho».

Los dos se echaron a reír. El, satisfecho, aunque lamentaba la ironía de las palabras de Betsy.

—Usted sabe quién soy yo; ¿pero cómo voy a llamarla yo durante el resto de la cena?

—¿Es que cenamos juntos?

—Ya lo creo—y sin más preámbulos, McMasters se sentó al otro lado de la mesa.

Betsy se echó a reír, y aun cuando no le dió permiso para sentarse, tampoco le dijo que se marchara.

—Dígame cómo he de llamarla, ¿dama Elena?

—Dejémoslo en Elena. Mi verdadero nombre le sorprendería mucho y temo que no sea usted bastante

robusto para recibir noticias inesperadas.

—¡A mí ya no me sorprende nada!

—¿Qué van a comer ustedes?

—Preguntó la camarera acercándose nuevamente.

Ni uno ni otro le hicieron ningún caso.

—Oiga, Elena, ¿qué ha venido a hacer en Burnett? ¿Es usted artista?

—No; pienso abrir una tienda.

—¿De qué artículo?

—Ropa de mujer...

—Temo que no sea buen negocio en este pueblo.

—¿No sería mejor que pidiéramos algo para comer en lugar de estar interrogándome en esta forma?

—Tiene usted razón. Traigan lo mejor que tengan.

Cenaron juntos, hablando animadamente todo el rato, y al terminar, McMasters le propuso ir a dar una vuelta por el pueblo y asistir a una fiesta de cowboys, un «rodeo», que tenía lugar aquella noche. Al primer momento, Betsy quiso decir que no y él, adivinándolo, insistió tanto que no tuvo más remedio que aceptar la invitación. La noche era apacible y andando lentamente recorrieron todo Burnett hasta llegar al punto donde ya se estaba celebrando el certamen hipico, al que había acudi-

do todo el vecindario. Una de las pruebas que llevaban a cabo en esa fiesta consistía en montar un potro salvaje. McMasters explicaba a Betsy que aquello no ofrecía ninguna dificultad, a lo que ella repuso que por qué no lo hacía.

Espoleado por la ironía de Betsy, McMasters se lanzó a montar el potro y mientras éste intentaba deshacerse de su carga, como había hecho con anteriores jinetes, la joven pudo comprobar las muchas simpatías que tenía McMasters, a quien todos los concurrentes jaleaban al ver que el caballo no conseguía desmontarlo. Sin darse cuenta, Betsy se interesaba más y más por el socio de su novio y cuando al fin el potro logró tirarlo al suelo, le supo mal que aquello ocurriera.

Salieron de lo que era el parque de atracciones de Burnett y siguieron paseando por sus calles, cada vez más interesados uno del otro.

En una de las calles había un auto parado en el que iban los hermanos Tom y Eduardo Murphy. Ambos saludaron efusivamente a McMasters.

—Marchamos a Arizona. Nos han dicho que allí hay mucho que hacer perforando pozos—dijo Tom.

—Sí, señor—dijo Eduardo—, y regresaremos conduciendo un Rolls-Royce—y al decir esto, contemplaba el atropellado coche donde es-

taba sentado, lleno de bultos y cachivaches necesarios para la expedición.

—Os deseo mucha suerte —dijo McMasters.

Partieron los Murphy con toda la velocidad que podía desarrollar aquel vehículo y pronto se perdieron en la obscuridad.

Betsy y su acompañante siguieron andando hasta llegar ante el cafetín de Eva.

—¿Qué local es éste?—preguntó la joven.

—¡Oh! Fonda, café, salón de juego, centro de riñas, todo lo imaginable!

—Todo lo malo imaginable, supongo.

—Tan malo, tampoco.

—Entonces entremos a verlo.

—No, aquí no.

—Mire, Masters, he venido al Oeste a...

En este instante, Betsy iba a revelar su secreto, a decirle que era la novia de Sand y que pronto se casaría; pero algo superior a su voluntad se lo impidió.

—¿A qué ha venido al Oeste?

—A verlo todo, a ver cosas distintas...

—Muy bien, muy bien; entremos y cuando tenga bastante, grite.

Penetraron en el cafetín de Eva,

atestado de personal como de costumbre. Betsy fué el blanco de todas las miradas porque se la veía muy distinta de las demás mujeres que estaban en el local y la bailarina Whitey, al ver que McMasters era quien acompañaba a aquella forastera, no pudo reprimir su mal humor, que fué fomentado por otra bailarina, llegando las dos a las manos.

Betsy quería aparentar cierta indiferencia, pero al poco rato manifestó deseos de salir de aquel tugurio y McMasters se alegró muchísimo, porque tampoco él se encontraba feliz entre los habituales del cafetín con Betsy a su lado.

Siguieron rondando por las calles. Era ya tarde cuando McMasters empezó a contarle su azarosa vida. Betsy cada vez sentía más simpatía hacia él y poco a poco iba olvidando que había ido a Burnett para ver a Sand. McMasters también se sentía atraído por aquella muchacha tan distinta de todas las mujeres con que había tratado durante su vida y no encontraba el momento de despedirse.

—He sido minero también. He estado en Francia, y ahora me he metido en petróleo y estoy seguro de que triunfaré. He hablado mucho, ¿verdad, Elena? Pero ocurre que no tengo muchas ocasiones para ha-

hlar como hoy. Casi que solamente trato con mi socio, John Sand.

El semblante de Betsy cambió rápidamente y procuró variar el rumbo de la conversación.

—¡Fíjese! ¡Qué luna más hermosa!

—Sí.

Llegaron a un despoblado donde había una iglesia arruinada y un pozo.

—¿Qué es esto?—preguntó la muchacha.

—Un pozo de petróleo.

—Parece una iglesia.

—Lo era, pero al descubrirse petróleo en el subsuelo no quedó más remedio que perforar el pozo.

—¿Quién anda por ahí?—la voz era fuerte, de un hombre autoritario.

Apareció una sombra, la del personaje que había hablado.

—¡Pero si es McMasters! ¡Cuánto tiempo sin verte!

—¿Qué, cómo van las cosas?

—Todavía sale petróleo, y seguirá saliendo durante años. Buenas noches.

Desapareció de la misma manera que había llegado y de nuevo quedaron solos en las ruinas de aquel pequeño templo, Betsy y McMasters, absortos más y más en ellos mismos.

—Es un tipo raro este vigilante. Ha sido millonario dos veces y aho-

ra aquí está guardando un pozo de otro. Esto no quiere decir que el mejor día vuelva a ser rico. Es un negocio muy raro éste. Uno se aparta de él y cuanto más se aleja una más cerca se oye el ruidito de las bombas...

—Como el latir de un corazón.

—¡Claro, usted se ríe de esto! Le suena a tonterías.

—Nada suena a tontería en una iglesia.

—Veo que también sabe hablar en serio, Elena. Quiero presentarla a mi socio John Sand. El también es muy serio. Está enamorado de una chica y le escribe muy a menudo... Si yo alguna vez me enamorara, tendría que ser de una muchacha como usted, y me gustaría tenerla delante para decirle que la quiero, como la tengo a usted ahora aquí, por ejemplo.

McMasters miraba a los ojos de Betsy. Ésta volvió la cabeza rápidamente.

—Acompáñeme al hotel. Siento frío.

—Sí, ha cambiado la temperatura.

Al decir esto, McMasters acentuó las palabras, porque más que al clima, se refería a Betsy, cuya actitud había cambiado bastante desde que le habló de Sand.

Llegaron al hotel sin haber casi

pronunciado palabra. Cuando ella le tendió la mano para despedirse, él dijo:

—¿Volveremos a vernos?

—Ha estado usted muy amable conmigo, pero yo debo salir de Burnett mañana mismo, a primera hora.

—¿Por qué? ¿Hay algún hombre en su vida?

—No en la forma que usted pudiera creer...

—¿Pues por qué quiere usted marcharse?

—Porque no puede ser de otra manera. Adiós.

Betsy entró en el hotel y se dispuso a subir la escalera que conducía al piso cuando McMasters le cerró el paso.

—Oiga, soy un hombre que toma decisiones rápidas. Usted no se marchará de Burnett, porque mañana mismo se casará conmigo.

—¡John McMasters, no puede ser!

—¡Pues será!

FRUTO DORADO

A RMONIA había regresado a los pozos porque sabía que McMasters estaba haciendo de cicerone a la recién llegada y tuvo la gran idea de no importunarle. Por consiguiente, cuando hubo efectuado todas las compras montó de nuevo en el auto y marchó al campamento, que otra cosa no era allí donde vivían, hacia ya más de un mes, esperando que brotaran los pozos.

A primera hora de la mañana siguiente de haber dejado a su amo en Burnett, estaba ayudando a Sand en sus trabajos, cuando en uno de los pozos empezó a oírse un ruido. No pasaron muchos minutos y el pozo se convirtió en surtidor. Esta vez no era ilusión, era petróleo; el fruto dorado que tanto deseaban es-

taba surgiendo allí, ante sus ojos, como si fuera un sueño y precisamente aquel día no estaba McMasters con ellos para admirar el magnífico espectáculo.

—Conviene cubrir el pozo—gritó Sand—, no vayamos a perder más petróleo.

Los dos hombres corrieron hacia el pozo que estaba vomitando líquido. De repente, Sand volvió hacia atrás y recogió el letrero que había pintado el día antes. Realizaron la maniobra de cubrir la boca del pozo y, efectuado esto, Sand colocó el letrero en sitio vistoso para que todos pudieran enterarse de que «La bonita Betsy núm. 1» ya estaba rindiendo su fruto.

—Armonía, ahora a Burnett, a dar la buena nueva.

La llegada de Sand y Armonia en el pueblo fué acogida con entusiasmo, ya que no era menester que dijeran lo que allí les llevaba, pues bastaba ver sus caras para adivinar que habían encontrado la recompensa de su trabajo.

En Burnett todo ocurría en el mismo sitio: llegaba el autobús a la plaza, el hotel estaba allí también, el cafetín a dos pasos, y la vecindad estacionada para enterarse de cualquier noticia que pudiera captarse.

McMasters había cumplido su palabra y a primera hora de aquel día se había casado con Betsy. Al llegar Sand y Armonia había oído el griterío de las gentes desde el cuarto del hotel, sacando la cabeza por la ventana para enterarse de lo que ocurría. Sand le vió en seguida.

—¡Ya tenemos petróleo! ¡Más de cinco mil barriles! ¡Una maravilla!

—Sube, corre.—dijo McMasters entusiasmado.

—Ya vendré. Primero he de mandar un telegrama.

Betsy estaba de espaldas cuando su marido se retiró de la ventana.

—¿Has oído a mi socio Sand? ¿Te has casado con un millonario? ¿Qué te pasa?

El semblante de Betsy estaba resplandeciente alterado. Hizo un esfuer-

zo para contener las lágrimas y habló:

—No pensaba decírtelo hasta más adelante, pero ahora comprendo que no puedo aplazarlo más. ¡Yo soy la novia de Sand!

—¡Betsy! ¡Betsy! ¡Claro! ¿Cómo no se me ocurrió al decirte tu verdadero nombre? ¿Por qué no me lo dijiste?

El tono de voz con que McMasters pronunció las últimas palabras era verdaderamente de reproche.

—Ayer noche, mientras cenábamos, me pareciste un poco fantarrón y no quise decirte quién era, para luego reírnos un rato, y más tarde me di cuenta de que te quería y por eso intenté marcharme; pero ya no pude.

—Pero, Betsy, tú estabas prometida a Sand...

—Hasta cierto punto. El había dicho que si algún día dejaba de ser pobre tal vez nos casaríamos...

—No sabes el conflicto en que me has metido, porque Sand es mi mejor amigo...

—John, no me desampares. He pasado una juventud tristísima. La vida en casa fué un verdadero horror, y luego mi carrera de maestra, enseñando versos a chiquillos que detestaban la poesía y a la profesora. Siempre viviendo en pensiones ba-



—¡Oh, a pagar! ¿Por qué
no lo habíais dicho antes?



—No te apures, ya me
lavaré.



—Nos hemos casado es-
ta mañana, Sand.



—¿En dónde se encuen-
tra el pozo que estás perfo-
rando?



—Tu comportamiento
me echa de casa.

—¿No podrías casar al-
gún día alguna vez?



—¿No sabías que tenía
mos un chiquillo?



—Va sabía yo que conse-
guiríamos apagar el fuego;



Betty no pudo contener
la emoción al ver a Sam.



Betty, siempre fiel a su
marido, soportaba toda
clase de sacrificios



Recordando los tiempos
de Burnett y apurando más
cuñas de lo que conviene.



—No hores, Betav, no
crei causarte pena.



—Sand, esta es la seño-
rita Van Meer.



Dos reyes del petróleo se
encuentran en Nueva York.



—Usted me detesta,
Sand.
—La has aserrado.



La terrible lucha entre
Sand y McMasters.

ratas. Nunca conocí a ningún hombre que me inspirara cariño como tú. Es verdad que Sand me quería y me escribía muy a menudo contándome la vida que llevabais aquí los dos. Vine porque me gustaba un poco y veía en él una solución, pero no estaba enamorada.

—Pero yo le he dado una puñalada tramera.

—No lo creas. Yo me habría marchado sin verle después de haberte conocido a ti. Sólo se ama una vez así, John, y es a ti.

—Lo peor es que yo también te quiero a ti, Betsy.

Llamaron a la puerta. Era Sand. McMasters abrió inmediatamente y su socio quedó parado al ver allí a Betsy. Por un instante nadie habló.

—Nos hemos casado esta mañana, Sand—dijo McMasters con una voz que ni él mismo reconoció como suya.

—No puedo comprender todo esto—dijo Sand.

—McMasters no ha sabido que yo era la misma Betsy hasta ahora;

cuando tú has hablado desde la calle yo le he confesado quién era.

—Betsy quería marcharse, y yo no lo consentí. Pero di algo, Sand, ¿qué haces aquí parado mirándonos?

A Sand, la noticia le había dejado mudo, hasta que las últimas palabras de su socio le hicieron reaccionar, y dirigiéndose a Betsy le preguntó:

—Betsy, ¿le quieres?

—Sí, Sand; ayer noche me di cuenta de ello.

—Pues esto pone fin a la cuestión. Yo tengo que regresar a los pozos, y ya nos veremos más tarde.

Sin proferir una palabra más, Sand dió media vuelta y se marchó con el corazón partido, con el desengaño más terrible de su vida; pero cuando volvió a salir a la plaza, ninguno de los que allí estaban pudo ni tan solo sospechar que para él la vida ya no representaba nada.

—¡Qué hombre más grande!—había exclamado McMasters al ver marchar a su amigo.

Betsy lloraba silenciosamente.

PROSPERIDAD

HA transcurrido un año y la ciudad de Burnett va perdiendo su aire improvisado, adquiriendo un aspecto más urbanizado que cuando la visitamos por primera vez. Son varias las casas que se han levantado; se ha conseguido librar las calles de barro; pero todavía cuando llegan buscadores de petróleo, les rodea todo el vecindario haciéndoles las más raras preguntas. Los que acaban de llegar, son Tom y Eduardo Murphy. Al marchar el año anterior habían asegurado que regresarían en un Rolls-Royce y allí estaba el vehículo de la lujosa marca para atestiguar sus profecías.

Los hermanos Murphy se apearon del coche y penetraron en el cafetín de Eva.

—¡Invitamos a todos a beber a nuestra salud! ¡Hemos encontrado petróleo en Arizona!—gritó Eduardo Murphy.

McMasters entró en aquel momento.

—Acabo de enterarme que habéis encontrado petróleo.

—Sí, algo grande—contestó uno de los hermanos.

La bailarina Whitey iba a hablar con los Murphy y se dio cuenta de que también estaba McMasters con ellos.

—Veo que ha venido un forastero con vosotros—dijo Whitey.

—Deja a McMasters en paz, es un hombre casado.

—¿Prueba la vida del hogar?—insistió la bailarina.

—Mucho, Whitey, más que esto

—confesó el aludido secamente, y dirigiéndose a Murphy, dijo—: Contadme algo de vuestros pozos. ¿Hay buenos terrenos por allí?

—Ya lo creo, magníficos. Bebamos a la salud de todos.

—No puedo quedarme ahora. Mi mujer me espera pronto hoy. No os marchéis y volveré.

En casa de McMasters es un día señalado: se cumple el primer aniversario de su boda. Betsy, Lutfier Aldrich y John Sand están invitados a cenar, pero el marido ha olvidado ha dicho que no tardara, pero no la fecha. Recuerda que su mujer le sabe por qué. Cuando al fin llega, oye que su esposa y sus amigos cantan una marcha nupcial, pero no comprende la broma.

—Hoy hace un año de vuestra boda—dice Sand.

—¡Oh, Betsy, perdóname; lo había olvidado.

—Esto demuestra que eres un marido de verdad—dijo Betsy sonriendo.

—Pero debo hacerte un regalo.

—Te tengo a ti, ¿qué más quiero?

—¿A quién diríais que he visto?

A Tom y Eduardo Murphy. Han encontrado petróleo en Arizona. Dos pozos magníficos. ¿Te gustaría conocer a esos dos hombres?

—¿Crees que les interesaría a

ellos pasar la velada con un matrimonio como nosotros?

McMasters comprendió que Betsy se había hecho la ilusión de pasar la velada solos, una vez se hubiesen retirado Sand y Aldrich; pero, a pesar de darse cuenta del deseo de su esposa, insistió:

—Les he dicho que volvería para hablar con ellos; y ¿no te parece, Sand, que ha de haber sido fantástica la experiencia en Arizona?

—Sí, lo supongo—dijo Sand sin entusiasmo.

—Yo estoy dispuesto a jugar una partidita de cartas en cuanto terminemos de cenar—dijo Aldrich.

—No, hoy no hay partida—dijo Betsy—. Cenar y se van.

—Yo no tengo ninguna prisa—repuso Aldrich, que era un poco lento para muchas cosas.

—Aldrich—dijo Sand—, ve al comedor y trae un poco de vino.

Betsy y Sand quedaron solos en el salón, pues McMasters había subido al piso superior para cambiarse de ropa.

—Tienes una casa hermosa—dijo Sand mirando las bien amuebladas habitaciones.

—Gracias por las flores que me has mandado, son magníficas.

—Tu casa tiene un aspecto señorial. Se nota en ella el toque femenino.

—No lo he hecho todo yo. También mi marido ha tomado parte en ciertos detalles. El esqueleto del ciervo, que está en el recibimiento, y la armadura fueron idea suya.

—Llama a la armadura su traje de caballero andante.

Una sonrisa un poco triste iluminó la cara de Betsy.

—Sí, entonces hablé en broma: y aquí estoy, y aquí es donde quiero vivir y morir.

Sand nunca había hablado de su desengaño con Betsy y disimulaba tan bien, que ella acabó por creer que poco le importaba que se hubiese casado con McMasters.

Apareció de nuevo el amo de la casa y los cuatro amigos pasaron al comedor, donde transcurrió el rato agradablemente. Cuando terminaron, Betsy les recordó que aquel día no habría sobremesa y Sand y Aldrich se retiraron pronto. Al despedirlos, McMasters dijo a Sand:

—Oye, ¿por qué no vas a hablar un rato con Eduardo y Tom?

—No, porque tengo interés en vigilar el pozo número cinco, que no puede tardar en brotar.

—Como quieras — contestó McMasters.

Mientras se alejaban los dos amigos, Aldrich dijo:

—No comprendo por qué no hemos podido jugar nuestra partidita...

—Betsy tenía interés en quedarse sola con su marido esta noche, quiere celebrar el aniversario de su boda.

Sand pronunció estas palabras sin amargura aparente alguna, por lo que Aldrich tampoco dió importancia a lo que oía.

Al quedar solos Betsy y su marido, éste iba arriba y abajo de la habitación con cierta impaciencia.

—¿Tienes mucho interés en hablar con los Murphy, verdad?

—¿Qué dices?

—Quieres oír lo que tienen que contar esos dos hermanos...

—No, no.

—Eres tan convincente como un niño cuando rechaza un dulce. Anda, llégate hasta el cafetín a oír las explicaciones de tus amigos. Yo tengo algo que hacer aquí; pero no tardes más de una hora, recuerda que estaré esperándote.

McMasters no se hizo rogar más y salió disparado hacia el cafetín de Eva, donde sus amigos le aguardaban.

Transcurrió una hora, dos, cuatro, y McMasters no regresaba a casa. Betsy le estaba esperando sin haberse acostado. Temía algo desagradable.

Se oyó llamar a la puerta insistentemente. Betsy corrió sobresaltada para ver quién era que acudía allí a

aquellas horas. Era John Sand con aspecto demudado.

—¿Qué ocurre?—preguntó Betsy.

—El pozo número cinco está ardiendo. ¿Dónde está tu marido?

—En el pueblo, ha ido a ver a los Murphy. Despertaré en Armonía.

Pocos minutos después las tres personas más adictas a McMasters, Betsy, Sand y Armonía, se hallaban reunidas en el vestíbulo de su casa.

—Armonía, tú cuidate de avisar a los bomberos y pregunta si podemos disponer del camión de nitroglicerina. En caso afirmativo, que salgan inmediatamente hacia nuestros pozos. Vamos, Betsy, a ver si encontramos a tu marido.

Los hermanos Murphy hacía mucho rato que habían abandonado el local de Eva, pero McMasters se había quedado allí hablando con Whitley y bebiendo un poco demasiado. Al ver entrar a Betsy y Sand se serenó al instante.

—Betsy, no debes venir aquí, no es sitio a propósito para ti.

—¡Los hermanos Murphy!—dijo Betsy irónicamente mirando a Whitley que procuraba escabullirse.

McMasters no sabía qué decir ni qué hacer. Betsy habló nuevamente:

—No creas que haya venido a espiarte, a estropear la juerga, hemos venido a decirte que el pozo número cinco está ardiendo.

—¿Vienes conmigo?—preguntó Sand.

—Sí voy.

Salieron los tres de la taberna y Armonía se reunió con ellos.

—Armonía, acompaña a la señora a casa y luego síguenos a nosotros, Sand, ¿cómo ha empezado el fuego?

—¿Qué importa cómo ha empezado; la cuestión es que está ardiendo.

El aspecto del pozo ardiendo era imponente cuando los dos socios llegaron allí dispuestos a hacer cuanto fuese necesario para dominarlo. Sand y McMasters vistieron unos trajes protectores para poder llegar hasta el mismo pozo y ver de sofocar el fuego.

—¡Más agua en aquel depósito! —gritó McMasters a los bomberos, que también habían acudido allí.

Un hombre iba en busca de una plancha de metal para que les sirviera de protector para poder acercarse al pozo.

—¡A ver si llega de una vez esta plancha! —dijo McMasters impacientándose, pues cada minuto que pasaba apresuraba su ruina.

Armonía estaba arreglando la vestimenta de su amo y dijo:

—Me parece que es muy arriesgado lo que vais a hacer.

—No lo creas. Si logramos echar unos cuantos bidones de nitroglí-

cerina en el pozo, se apagará al instante.

—Han dicho que vendrían más bomberos. Que lo hagan ellos—institió Armonia.

—No se puede perder un instante.

Llegó el tanque conteniendo la nitroglicerina y el conductor opinaba que lo mejor era dejar arder el pozo, ya que resultaba muy peligroso acercarse al fuego.

Aldrich acudió también a los pozos, consternado ante el fuego y considerando que la maquinaria que se estaba destruyendo era suya.

—¡Más presión a las bombas!—gritó McMasters.

—No te acerques más al pozo—institió Armonia.

—¡Déjame en paz! ¡Cómo arden! Sand, ¿qué te pasa?

—No es solamente este fuego lo que me disgusta; tu comportamiento de esta noche lo considero indigno.

—Ahora hemos de preocuparnos de apagar el fuego. ¡Que se aparte todo el mundo!

Sand y McMasters, protegidos por sendas planchas de metal y llevando los bidones de nitroglicerina, se acercaron al pozo tanto como fué posible. Lanzaron el contenido de los bidones, provocóse una explosión

formidable que apagó el fuego casi instantáneamente.

—¡Admirable, maravilloso!—exclamaba Aldrich—. Ya sabía yo que conseguiríamos apagar el fuego.

Sand permanecía silencioso ante la ruina que había dejado aquel inesperado incendio.

—Sand, ¿qué te pasa?—le preguntó McMasters.

—Ya te he dicho antes que no aprobaba tu conducta.

—No me importa que espíes mis movimientos, pero te ruego que no vayas con soplos a Betsy.

Poco a poco se fué retirando la gente que había acudido a los pozos quedando allí solamente los dos socios, Aldrich y Armonia.

—Esto es la ruina—dijo McMasters—. No hay que pensar en que estos pozos rindan nada en mucho tiempo. ¿Quién queda dueño de esto?

—Los terrenos son míos—dijo secamente Sand.

—Y la maquinaria, mía—agregó Aldrich.

—Yo he trabajado en ellos—dijo McMasters—; pero como que ahora esto ya no vale nada, tiraré una moneda al aire para ver si todavía me queda algo que hacer aquí. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí—dijeron los otros dos. McMasters tiró la moneda.

—¡Cruz!—dijo.

—¡Cara! — contestaron —. Es nuestro.

Sin hablar más, McMasters se puso la chaqueta y, acompañado de Armonia, regresó a su casa.

—Eres un gran hombre—dijo el

criado—. Voy a prepararte una taza de café; estás muy fatigado. Sin tu energía no se habría sofocado el fuego.

—Gracias, Armonia; no quiero más que dormir un poco. Ve tú también a descansar.

LOS GRANDES EXITOS DE LA TEMPORADA

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2.50 ptas.

MISTERIO EN LA MARISMA	Tony D'Algy
ROSAS DE OTOÑO	M. F. Ladrón de Guevara
LA PATRIA CHICA	Estrellita Castro
LA CHICA DEL GATO	Josefa Hernán
UN ENREDO DE FAMILIA	Mercedes Vacino

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2.50 ptas.

UNA MUJER IMPOSIBLE	Jerry Jug
EL HOMBRE DEL NIGER	Victor Francen
EXTRAÑOS EN LUNA DE MIEL	Hugh Sinclair
FRUTO DORADO	Clark Gable
EL SECRETO DEL MARQUES	Armando Falconi
ANDRES HARVEY TENORIO	Mickey Rooney
IRENE	Anna Neagle

TIEMPOS DIFÍCILES

MCMASTERS se dirigió a su habitación y vió una escena que al primer momento le pareció que obedecía a la exaltación de su imaginación. Allí estaba Betsy arreglando su equipaje como si se dispusiera a marchar.

—¿Habéis apegado el fuego?— preguntó Betsy sin demasiado interés.

—¿Te marchas?

—Tu comportamiento me echa. Es cosa tuya, como todo. Temo que me equivoqué. Puedo comparar mi caso con lo que os ocurre a los buscadores de petróleo: veis un terreno que parece rendirá fruto y luego sólo da agua salada. Hay quien se queda tan tranquilo. Yo, no.

McMasters escuchaba cabizbajo sin protestar.

—Armonía puede acompañarme hasta la estación. Está amaneciendo y marchó en el primer tren, a no ser que puedas darme alguna explicación.

—Ninguna. Has tomado esta resolución, pues adelante con ella.

—Armonía, ven a recoger mis valijas.

Sin más despedida, Betsy salió de aquella casa donde había sido muy feliz, montó en el auto, sentándose al lado de Armonía, y sin saber exactamente dónde dirigirse.

—¿No sabe que McMasters se ha jugado a cara o cruz la propiedad de los pozos?

—No hemos hablado de esta

—Pues sí, su marido ahora se ha quedado sin nada, completamente arruinado. Usted se va, pero yo no lo abandonaré.

—Armonía, regresemos a casa.

McMasters había quedado en su habitación, indiferente a todo. Hubiese podido soportar muy bien la ruina de los pozos, pero no pensaba que sobre esta desgracia viniera la desertión de Betsy, total por haberle encontrado en el cafetín de Eva bailando con Whitey. Ahora nada le importaba. Volvería a recorrer terreno, perforar algún pozo de especulación y seguramente ganaría más dinero. No era la primera vez que se hundía. Su temperamento era aventurero. Aunque así razonaba, la ausencia de Betsy pesaba mucho sobre su ánimo, porque la quería de veras. Se abrió la puerta y su esposa corrió a echarle los brazos al cuello. ¿Era un sueño?

—¿Por qué no me has dicho lo que había ocurrido con Sand?

—Esto es asunto mío.

—No quiero marcharme. Confía en que antes de irme me hubieras dicho que no había nada entre tú y aquella rubia...

—¡Claro que no hay nada!

—¿Entonces me quedo?

—¿Me quieres como siempre?

—Sí y para siempre...

—Piensa que estoy arruinado,

que tendré que andar de un lado a otro en busca de terrenos. Tendremos que vender esta casa, que es lo único que me queda, y con el dinero que saquemos de la venta, empezar de nuevo.

—¿Qué importa? Vende la casa y lo que sea necesario.

—Eres tal como siempre he creído. Muy bien, nuestra casa será donde estemos nosotros, aunque sea el Polo Norte.

—¡A luchar por la vida, con fe y energía, que no te faltan!

—¡Betsy, cuánto te quiero!

Algunos días después, cuando el incendio de los pozos ya casi se había olvidado, Sand estaba completamente borracho en el cafetín de Eva. Unos hombres estaban hablando contra McMasters y al oírles aquél empezó a puñetazos con ellos hasta dejarlos mal parados.

—¿Hay alguien más que desee hablar mal de McMasters?

Armonía, que había reanudado sus tareas de «sheriff» al marchar Betsy y su marido, se presentó en el lugar de la riña para detener a los que metían alboroto.

—Dos contra uno—dijo—no es de valientes, vamos.

Eva se acercó a Sand.

—Esto no puede continuar. Llevas dos semanas sin hacer más que beber.

—Ya lo sé. No puedo oír hablar mal del que hasta hace poco fué mi mejor amigo. Sé que no vale nada, pero eso solamente lo puedo decir yo.

Aldrich hizo su aparición en el café.

—Ya me imaginaba que te encontraría aquí. Es cuestión de serenarte y marchar a trabajar en los pozos. Yo tengo bastante que hacer en el almacén y no puedo atender las dos cosas.

—¿Quieres comprar mi parte?

—¿Cuánto quieres?

—Lo que tú ofrezcas.

—Eso ya es más razonable. Vamos al almacén y hablaremos.

Eva intervino.

—Sand, no dejes que Aldrich se haga el amo de todo por cuatro cuartos... Es una ave de rapiña ese viejo.

—No me importa. Me marché de Burnett y no quiero saber nada más de pozos ni petróleo.

Sand se dirigió hacia la puerta siguiendo a Aldrich. Whitey se le acercó.

—Sand, te aseguro que entre McMasters y yo no hay nada. Hace días que quería decírtelo, pero estabas borracho constantemente.

—¿Qué importa ahora todo eso? Ya se han ido, el mal no tiene remedio.

McMasters y Betsy, una vez vendida la casa, se dirigieron a otra población petrolífera en Ohio, donde él invirtió el poco capital que había podido reunir y el negocio resultó un fracaso. Casi en la miseria, no tuvo más remedio que buscar empleo en una de las grandes empresas, aceptando una plaza de jornalero. La vida era difícil, pero al lado de Betsy todo resultaba llevadero, ya que ella le animaba tanto o más que en los días de prosperidad que habían conocido desde el día de su boda.

Un anuncio en un periódico pidiendo perforadores de pozos en una zona muy calurosa, llamó la atención de McMasters. Consultó el caso con Betsy y ésta dijo que muy gustosa iría allí en cuanto hubiese nacido el hijito que estaba esperando. Pocas semanas después salían hacia el nuevo destino junto con el pequeño, que si bien era una carga más, también era motivo de alegría.

McMasters fué contratado para trabajar en aquellos pozos que sabía pertenecían a una gran empresa, pero ignoraba los nombres de los que los explotaban. Hacía más de un año que había abandonado Burnett y no había sabido nada más de Sand cuando un día le pareció verle junto a unos militares que a veces

visitaban los pozos. McMasters estaba en la cola que formaban los obreros para cobrar. Sand le vió y fué a saludarle, pero su antiguo amigo le correspondió fríamente. Cuando aquél se alejó, McMasters preguntó a otro obrero qué es lo que hacía aquel hombre allí.

—Es el propietario de estos pozos.

—¿El propietario?

—Sí, estuvo muy afortunado. Vino de Burnett con el capital que le había proporcionado la venta de unos terrenos que tenía allí, empezó a perforar y en seguida encontró petróleo.

No quiso oír más McMasters. Se acercó al capataz que estaba pagando y le dijo:

—Me dicen que el señor Sand es el propietario de estos pozos; pues dígame de mi parte que prefiero morirme de hambre que trabajar para él.

El capataz iba a dar un puñetazo a McMasters, pero Sand, que no estaba muy lejos, se interpuso.

—¿Por qué no me deja usted que le parta la cara?

—Porqué te haría astillas.

Betsy, siempre fiel a su marido, soportando toda clase de privaciones y sacrificios, estaba contemplando a su pequeño, al que tenía en una cunita todo lo bien arreglada que

las circunstancias le permitían. Oyó ruido en la habitación contigua que servía de recibimiento, comedor y cocina, y salió para ver quién había. Era Sand.

—¿Sabías que estaba aquí?—preguntó él.

—Sí, acabo de enterarme por mi marido y se empeña en marcharse. No quiere trabajar para ti. Sin duda, la ofensa entre los dos es muy grave.

—No lo creas. No sé qué te habrá contado a ti; pero no hay más que yo le reproché su conducta la noche en que ardieron nuestros pozos en Burnett. Desde entonces se porta en esta forma extraña.

Mientras hablaban se oyó llorar al niño. Sand miró asombrado.

—¿No sabías que teníamos un chiquillo? Ven, que lo verás.

—¿Qué iba a saber!

—Nació en Oklahoma; ya tiene diez meses. Se llama Jackie. ¿Verdad que se parece a su padre?

—Sí, tiene las orejas grandes como él.

El chiquillo empezó a lloriquear y querer saltar de la cuna.

—Vamos —dijo Betsy—, quiere que lo tome en brazos y yo tengo mucho que hacer todavía. ¿Te va bien aquí el negocio?

—Sí; la empresa es grande y podría admitir un socio, porque se me presentan dificultades a veces con

las autoridades y esto lo podría hacer el pelmazo de tu marido si os quedaraís; pero no me atrevo a proponérselo.

—Es cuestión de orgullo. Me ha hablado de unos pozos en Oklahoma.

—No hay derecho a que te haga vivir así, de un lado a otro constantemente.

—Pero puedes creer que somos felices, y con el niño todavía más. Me necesita como no me había necesitado nunca.

—Yo no te habría hecho pasar esta vida—dijo Sand en tono de reproche.

Apenas había Sand pronunciado

estas palabras, entró McMasters en la casucha.

—¡No te metas en mis asuntos!

—Por favor, no peleéis como chiquillos—intervino Betsy.

—¡Sal de aquí inmediatamente!

—insistió McMasters.

Sand obedeció tan terminante orden y salió de la casa sin pronunciar palabra.

—Betsy, apresura el arreglo del equipaje, mientras yo voy a distraer un poco al pequeño.

McMasters cogió al chiquillo en brazos y empezó a jugar con él.

—No te preocupes, hijo mío, que todo saldrá bien.

DANZA DE MILLONES

N O habían transcurrido muchos meses de la marcha de McMasters y Betsy cuando unos disturbios en los pozos de Sand destruyeron las instalaciones y quedó él completamente arruinado.

Más afortunado estuvo McMasters en Oklahoma, donde arrendó unos terrenos a un indio pielroja, empezó a perforar y con la tenacidad natural en él consiguió lo que buscaba, viéndose nuevamente millonario de la noche a la mañana.

Compton, el gran distribuidor de bencina neoyorquina, se hallaba en Oklahoma para asistir a un Congreso y visitaba los pozos de McMasters acompañado de éste, que le contaba cómo había logrado extraer petróleo de aquellos terrenos.

—Aquel indio fué quien me trajo la suerte...

—Hemos hablado mucho de usted en Nueva York —dijo Compton—, y pensamos adquirir gran parte de sus existencias.

—Y es posible que yo no se las venda.

—¿No?

—No, señor. Es muy posible que yo me convierta en refinador también. Se me ha ocurrido instalarme en Nueva York.

—Pero usted está magníficamente instalado aquí. ¿Por qué introducirse en nuestro terreno?

—Porque me parece que la parte más importante de este negocio es la refinería.

Betsy y Jackie llegaron en aquel momento.

—Perdona la interrupción, pero quisiera que dieras una mirada a estos planos. Confusiones de última hora—dijo Betsy dirigiéndose al señor Compton.

—¿Una nueva casa? Su marido acaba de decirme que piensa instalarse en Nueva York.

Betsy quedó sorprendida al oír las palabras de Compton.

—Proyectos por ahora, Betsy, nada más.

—Estoy esperando una llamada telefónica—dijo Compton—y voy a ver si me necesitan.

—Yo le acompaño—dijo McMasters, y volviéndose hacia Betsy, añadió: No tienen que hacer más que subir esta pared hasta aquí y tienes lo que deseas.

Se marchó apresuradamente para seguir a Compton y subió en el vagón del tren particular del magnate neoyorquino, donde éste esperó que le llamaran por teléfono. Mientras esperaba pasó un camión-tanque con el nombre de McMasters.

—Todos los tanques pertenecen a usted, ¿Qué más quiere?

—Tuberías de transporte.

—¿A qué refinerías irían a parar esas tuberías?

—Posiblemente a las que pienso construir.

—¿Y cómo distribuiría usted la bencina?

—En mis propias estaciones.

—Por todo el país, haciendo competencia a las mías, supongo.

—Señor, la llamada de Nueva York—dijo una secretaria que estaba en un despachito contiguo.

Cuando Compton iba a acudir al teléfono, apareció una mujer joven, muy bien vestida y muy hermosa.

—Señorita Van Meer, le presento a Jhon McMasters. Usted me ha oído nombrarle. Dice que piensa instalarse en Nueva York. Es un personaje aquí.

Compton salió para telefonar y quedaron solos los recién presentados.

—Había oído hablar de usted y sabía que no era demasiado joven...

—¿Cómo había llegado usted a esta conclusión?

—Un magnate del petróleo, con todo su historial, no podía ser un niño.

El aspecto y la forma de hablar de Karen Van Meer había dejado un poco perplejo a McMasters, no habituado a los usos y costumbres de Nueva York.

McMasters miraba aquel lujoso vagón de tren, en el que Compton no carecía de nada.

—Bonita manera de viajar—dijo.

—Siempre viajamos así. ¿Le gustan a usted los caballos? Veo que

mira este cuadro con mucha atención.

Era evidente que McMasters pensaba en algo que le absorbía, porque Karen Van Meer tuvo que repetir la pregunta.

—Sí, sí; me gustan mucho los caballos — contestó distraídamente.

—Venga, pues, le enseñaré los que llevamos en un vagón especial.

Se trasladaron al vagón contiguo, donde habían varios caballos instalados como en una cuadra, sin ausencia de ningún detalle.

—Este es el «Diablo Verde». ¿Le habrá oído nombrar?

McMasters no la escuchaba.

—¿En qué piensa usted? ¿En Nueva York?

—Sí.

—Usted es feliz aquí, ¿por qué ir a Nueva York?

—No lo sé. Cuando era chiquillo, con calzones cortos todavía, otro tenía dos manzanas y me dijo: «A ver si me las quitas».

—¿Y se las quitó?

—Ya lo creo...

—Le advierto que Harry Compton no es un chiquillo. En Nueva York posee mucha influencia.

—Esto no me asusta, y además, me gusta viajar.

—Nueva York es una ciudad difícil, dura.

—Usted no ha conocido Burnett ni Whizbang.

—No me ha comprendido. Allí la gente no van a puñetazos, pero dan puñaladas traperas. Acepte el consejo de una que sabe algo de petróleo.

—¿Usted entiende en negocios de petróleo?

—Conozco a todos los que tratan en este negocio. Asisto a fiestas, me entero de todo...

—Ya comprendo. Una especie de detective con faldas. Gracias por haberme advertido, pero de todas maneras pienso instalarme en Nueva York.

—Muy bien. Cuando se encuentre de cara a la pared no llóre.

—Tendrán que luchar un buen rato para arrinconarme.

—Pero lo conseguirán.

Al decir esto, Karen se fijó en un enorme brillante que McMasters llevaba en una sortija.

—¿Ha comprado usted esta joya?

—preguntó la joven.

—Ya lo creo. Cuesta cinco mil dólares.

—Pues si va a Nueva York no la llevé, le resultaría incómoda.

—No la entiendo.

—Ni hace falta. La ostentación de la riqueza no es de buen gusto; pero no se preocupe, si va usted

a Nueva York ya le orientaré un poco.

Compton se reunió con ellos de nuevo, y dijo:

—McMasters, debemos ir inmediatamente a la reunión. ¿Qué le ha parecido esta muchacha? ¿Inteligente?

—Sí — contestó McMasters no muy convencido.

—La conocí en un viaje que hice a la India, buscaba empleo y la tengo a mi servicio para ciertas averiguaciones confidenciales, indispensables en nuestro negocio.

—Sí, ya me ha dicho algo de eso. Opina que no debo ir a Nueva York.

—Sí, sí, es muy inteligente; ya se lo he dicho.

—Pues, a pesar de la opinión de la señorita Van Meer, pienso ir.

—Usted está acostumbrado a hacer siempre lo que le parece, a seguir su inspiración...

—Sí; y pocas veces me ha fallado. Vine aquí sin apenas un centavo y ya ve usted.

—La vida, los negocios, todo se lleva en distinta forma en el Este.

—Procuraré adaptarme, Compton, y veremos cómo sale.

Compton se dio cuenta de que se hallaba ante un hombre de carácter enérgico y decidido, acostumbrado a luchar, que de la misma manera

que se había abierto paso entre los buscadores de petróleo se lo abriría entre los refinadores. Indudablemente, McMasters no era un enemigo pequeño.

Los hombres que dentro de poco tiempo serían enemigos mortales penetraron en el hotel Sherman, donde tendría lugar la gran reunión, o congreso del petróleo, que acostumbraba a celebrarse todos los años.

Los negocios habían marchado viento en popa para McMasters desde hacía mucho tiempo. En cambio, Sand no había encontrado medio de reponer las pérdidas sufridas e iba de empresa en empresa sin salir adelante. Estaba enterado de la prosperidad de McMasters y sintió deseos de ir a Oklahoma, no para pedir que le ayudara, ya que su orgullo se lo impedía, de la misma manera que aquél no quiso aceptarla cuando le encontró próspero y bien situado. No obstante, a Oklahoma fué atraído por viejos lazos de afecto hacia su antiguo socio y Betsy, a la que veneraba como en los tiempos en que pensaba hacerla su esposa. Sand había soportado heroicamente el desengaño y nunca se lo había echado en cara a ella; es más, tanto era el cariño que le tenía a todos, incluso al chiquillo, que sólo había visto unos instantes, que

se sentía dispuesto a realizar para ellos cualquier sacrificio que estuviera en su mano. Sand sonreía al pensar esto: ¿Qué clase de favor podía hacerles a los millonarios un hombre que no tenía un centavo y que para llegar a Oklahoma estaba viajando sin billete en los topes de un tren? ¡Ironías de la vida!

Al llegar a su destino saltó de su incómodo asiento procurando no ser visto por ningún empleado de la estación, alejándose pausadamente para no llamar la atención. Llevaba una maletita que contenía el único traje decente que poseía, y, buscando un lugar escondido, cambió de ropa para no dar la impresión de que era un mendigo. Adecentado ya, regresó a la estación para ver si podía encontrar quien le llevara hasta la ciudad en coche, ya que el recorrido no era corto. Estuvo paseando, por allí y al poco rato apareció un acaudalado pielroja conduciendo un soberbio automóvil. Sand se hizo el contradictorio y le habló:

—Bonito coche.

El pielroja sonrió satisfecho:

—Tengo tres más, uno encarnado, otro amarillo, y otro verde.

—¡Caramba, amigo, tendrá usted mucha pasta!

—He vendido muchos terrenos a los buscadores de petróleo, hombres blancos.

—¿Va usted hacia la ciudad?

—Sí, en seguida.

—¿Podría ir con usted?

—Sí, señor; sí, señor, le llevaré con gusto.

Sand no se hizo rogar más, se sentó al lado de su nuevo amigo, que pisó el acelerador y salieron hacia la ciudad. Por la carretera cruzaron varios autos-tanques que llevaban el nombre de «McMasters».

—¿Conoce usted a este gran productor?

—¡Ya lo creo! ¡Es un gran hombre! Jugamos a los dados muchas veces.

—¿Va usted a la reunión de los productores?

—Sí, al hotel Sherman. ¿Le interesa a usted?

—Hasta cierto punto. Conozco algún productor... Y ya que me encuentro aquí veré si puedo hacer alguna contratación.

John Sand adoptaba el lenguaje y actitud de los grandes productores que conocía sobradamente. Llegaron al hotel Sherman y Sand se despidió agradecido de su nuevo amigo, que fué pródigo en ofrecimientos y saludos. El vestíbulo del hotel estaba atestado de hombres de negocios, algunos de los cuales eran conocidos de Sand. Este no tenía ningún interés en que se dieran cuenta de que estaba arruinado y

marchó directamente al mostrador para pedir habitación.

—¿Su equipaje, señor?—dijo el empleado a Sand.

—Viajo en tren particular y lo he dejado allí. Sólo esta maletita para lo más indispensable.

Sand había visto a McMasters hablando con varios señores y había oído cómo uno de ellos, Compton, le decía:

—Vuelvo a insistir en que abandone la idea de ir a Nueva York.

—No insista tanto que todavía espolea usted más mis deseos de ir. ¡Oh, allí está John Sand!

Este oyó la exclamación de su viejo amigo y como que la última vez que se habían visto, le había echado de su casa, no quería ser él el primero en hablarle y volviéndose hacia el empleado dijo:

—Ordene al jefe de cocina que prepare una buena comida para seis...

—¡Sand!—gritó McMasters abrazándole.

—¡Oh! ¿Tú por aquí? No te había visto. He venido al congreso, tengo tantos negocios entre manos...

—Me enteré de que lo habías perdido todo cuando aquellos disturbios.

—Estás en un error. Saqué el doble de lo que había invertido.

A pesar de aquel aire despreocu-

pado, Sand no logró convencer a McMasters, pues a éste le constaba que estaba arruinado.

—Yo quería hacerte una proposición. No se necesita capital, es más bien el hombre lo que necesito...

—Imposible, chico, no me entiendo con tantas empresas como pesan sobre mí... ¿Algo interesante en el congreso?

—No gran cosa. Compton está aquí, ha venido en tren particular, rodeado de secretarías y empleados... ¡Qué lujo! ¡Qué ostentación! Y le echan a uno en cara que lleve una sortija con un brillante.

—¿Harry Compton está aquí? Me interesa verle. Hemos de cerrar una transacción.

—Para también aquí. Allí está.

En realidad, Sand no conocía a Compton más que de nombre, así es que al decir McMasters «allí está», su amigo miró a un grupo de hombres que estaba a poca distancia. McMasters se dio cuenta de que Sand estaba fingiendo y procurando disimular dijo:

—Es aquél que se dirige a la cabina telefónica.

—Es verdad—contestó Sand—, voy a hablarle.

Se separó de su amigo dirigiéndose hacia el mostrador que estaba contiguo al teléfono. Allí había una

muchachita que se cuidaba de la venta de cigarros. Siguiendo su plan de dar a entender a McMasters que nadaba en la abundancia pidió un cigarro.

—Solamente un «Corona», niña, estoy a régimen... ¡Dichosos médicos! ¿De qué le sirve a uno tener dinero si no puede gastarlo en lo que desearía?

Los hermanos Eduardo y Tom Murphy, tan prósperos como cuando les dejamos en Burnett, penetraron en el vestíbulo del hotel y vieron a Sand.

—¡Cuánto nos alegramos de encontrarte! Tenemos un negocio interesantísimo para proponerte. Unos terrenos magníficos, unos pozos como no hay otros. Mira...

Sacaron un plano del bolsillo que los tres hombres empezaron a examinar. McMasters, a corta distancia, seguía el ritmo de la conversación disimuladamente.

—Si tú pones el equipo mecánico, iremos a partir. ¿Tienes amistad buena con Aldrich, verdad?

—¿Está Aldrich por aquí, también?

—Sí.

—Pues dejádmelo pensar y ya os contestaré alguna cosa. En realidad es que estoy ocupadísimo.

—Piénsalo bien. Te conviene, y tú eres el hombre que nos hace fal-

ta. Tu experiencia y honradez no tienen precio.

La fanfarronería de Sand había acabado por impresionar a McMasters y después de la proposición de los hermanos Murphy quedó un poco en duda de si realmente estaba tan arruinado como se había dicho.

Sand salió del hotel y fué en busca de su viejo amigo Luther Aldrich, al que encontró tan satisfecho y tan desconfiado y avaro como de costumbre.

—No has cambiado nada absolutamente—dijo Sand.

—Yo he seguido de cerca tu sensacional carrera. Altas y bajas, como todos los grandes hombres de negocios.

—Aldrich, necesito equipo.

—Píde lo que quieras...

—Me sorprendes, Aldrich, no pareces el que conocí en Burnett. Pero es que no te podré pagar al contado. Mis intereses están un poco embrollados desde aquellos disturbios en los últimos pozos que he explotado...

—Esto no debe preocuparte. Encarga lo que necesites y págalo cuando quieras.

—Aldrich, me he equivocado, has cambiado mucho.

—¡La edad, Sand, la edad, y tengo tanto dinero! A decir la verdad, ni a ti ni a McMasters, entonces.

cuando me... es decir, cuando aquello del vagón de maquinaria en Burnett, os hubiera perseguido tampoco.

—Sí, sí; ibas con Armonia a cazar patos, ¿verdad?

Los dos hombres se echaron a reír de buena gana.

—¿Sabes que McMasters es más que millonario?

—Sí, ya me he dado cuenta.

—¿Por qué seguir peleados? Hay que olvidar las ofensas. Precisamente él está aquí, en aquel despachito. Hemos estado hablando de ti antes de que llegaras.

Sand comprendió entonces la generosidad de Aldrich. No era más que McMasters, adivinando la situación de Sand y habiéndose enterado de la oferta de los Murphy, había pedido al comerciante de maquinaria que no pusiera obstáculos a sus peticiones.

—¡Me explico tu generosidad, Aldrich! Con McMasters de fiador. Ya me parecía imposible que un viejo avaro como tú fuese capaz de algo noble, desinteresado.

Sand gritaba fuera de sí y ante el escándalo producido, McMasters compareció.

—Sand, me he dado cuenta de que estabas fingiendo y he intentado ayudarte; pero no te preocupes, puedes continuar en la miseria.

—No necesito limosna!

Aldrich, que veía escapar la ocasión de vender ventajosamente varios equipos de maquinaria, intervino.

—Sand, Sand, por favor, no te pongas así.

Los nervios de Sand ya no podían resistir más y dió un empujón al comerciante, dispuesto a marcharse. McMasters le cerró el paso.

—Cálmate, Sand. Tú sabes perfectamente que a mi lado siempre has marchado bien.

—¿Sí? ¿Quién fué que te ofreció ir a medias en los pozos de Burnett?

—¿Quién fué que procuró la maquinaria, eh, Aldrich?

Este sonrió maliciosamente.

—Todos hicimos lo que pudimos en aquellos días—dijo Sand.

—Luego, cuando te separaste de mí después del incendio, ¿qué hiciste? Emborracharte perdidamente hasta perderlo todo. Vamos, hombre, asóciate de nuevo conmigo y seremos los reyes del petróleo...

—No te necesito para nada y no quiero saber más de ti.

—Sea lo que tú quieras, Sand, pero te advierto que cuando me necesites no me encontrarás aquí. Marcho a Nueva York a instalar refinerías y esto es algo que tú desconoces.

NUEVA YORK AL FIN

MCMASTERS había llevado adelante su idea y las refinerías que llevaban su nombre ya eran un hecho. Ya se le contaba entre los hombres importantes dentro de la refinería y Compton veía en él un rival temible.

Betsy no era demasiado feliz en Nueva York. Vivía rodeada de toda clase de lujos, pero su temperamento no exigía tanto. ¡Cuántas veces pensaba con nostalgia en la casa de Burnett, construida a su gusto, poco después de haberse casado. En Burnett es verdad que existía entonces el cafetín de Eva; pero en Nueva York, aunque la presentación era impecable, existían lugares mucho peores, y aun cuando a ella le parecía imposible, resultaba que la ma-

yor parte de las transacciones comerciales se llevaban a cabo en esos elegantes clubs de noche.

Una tarde paseaba en auto con su marido, y éste, a quien la vida neoyorquina entusiasmaba, exclamó:

—Betsy, ¿quién dice que Nueva York no es magnífico? ¡Respira este aire!

—¿Aire? ¡Humo de carbón!

—No lo creas. Esto es el perfume de Nueva York.

—Estás bastante de humor para haberte retirado tan tarde. Llegaste a las tres de la madrugada, ¿verdad?

—Sí; esta gente de Nueva York lleva a cabo las más importantes transacciones durante la noche. Eres feliz, ¿verdad, Betsy?

—¿Lo eres tú? — preguntó ella muy seria.

—Betsy, ¿qué te pasa?

—Nada, ha sido una broma. ¿Cenarás en casa hoy?

—Sí, Betsy, sí, y no pongas esa carita, ya sabes que te quiero como el primer día. Dame un beso.

—Oye, para la fiesta de pasado mañana me hace falta completar una pareja, una chica. ¿A quién podría invitar?

—¿Qué sé yo, pobre de mí! Esto es cosa de mujeres...

—¿Qué te parece si invitara a Karen Van Meer?—dijo Betsy sin poder evitar cierta violencia, aun cuando quiso hablar con toda naturalidad.

McMasters alargó un poco el semblante.

—Hace muchísimo tiempo que no la vemos—insistió Betsy—. ¿es que ya no trabaja para ti?

—¡Oh, sí! Pero está muy ocupada. Creo que sería preferible que buscaras alguna otra chica para nuestra fiesta. Te dejaré en casa y no tardaré en volver, pero he de dar una vuelta por la oficina.

Betsy temía algo. Quería disimular su nerviosidad y no lo lograba, y tal vez su marido sabía demasiado bien que ella tenía razón.

Las oficinas de McMasters, instaladas en el barrio comercial de

Nueva York, eran la última palabra en lujo, tanto en equipo como en empleados, y su secretaria particular, la respetuosa señorita Barnes, cuya fealdad imponía, procedía de las oficinas de otro magnate del petróleo; a la cual había sustraído, duplicándole el sueldo. Varios empleados estaban hablando con la señorita Barnes cuando McMasters penetró en la oficina.

—¡Despedad!—dijo en voz baja la secretaria.

McMasters cruzó las dependencias y todos los empleados le saludaron respetuosamente.

—Entre, señorita Barnes, tenemos algo que hacer. Avise a McCreery que suba. Magnífico día. ¿Hay alguna novedad?

—No, señor, nada absolutamente. He podido solventar todas las llamadas que he recibido.

—Tome usted. Despache estos telegramas. Pida conferencia con Oklahoma, Burnett y... ¡Ah! Aquí viene McCreery. Puede retirarse, señorita Barnes, ya la llamaré luego. Bueno, McCreery, ¿cómo marcha todo?

—Ayer recorrimos todas las refinerías.

—¿Está todo tal como debe estar?

—Me parece que puede usted hacer una adquisición magnífica.

—Muy bien. Pida comunicación con la señorita Karen Van Meer.

McCreery marcó un número en el teléfono y esperó a que contestaran. Mientras tanto, iba hablando:

—Invirtiendo allí solamente quinientos mil dólares más quedaría una instalación perfecta. La señorita Van Meer está al aparato.

—¿Señorita Van Meer? ¿Qué tal, cómo está usted?

—Muy bien, señor McMasters. ¿Qué ocurre?

—Me informan que una inversión de quinientos mil dólares en la nueva refinería nos colocaría por encima de toda competencia. ¿Qué opina usted? ¿Ha oído hablar algo sobre esto en los sitios que usted frecuenta?

—Está usted muy comercial hoy, señor McMasters. Me imagino que está rodeado de empleados y McCreery mirando por encima las gafas con aquel aire de lechuza tan peculiar. Apostaría también que usted está trabajando en mangas de camisa. Le será muy difícil adaptarse a las costumbres de Nueva York. Ya se lo advertí.

—Bien, bien; pero ¿qué le parece esta inversión en la refinería?

—No se precipite. Hablé con Henderson la otra noche, estaba perdidamente borracho y soltó que

tendrá que desprenderse de su refinería porque anda mal de fondos.

—Tal vez convendría que hiciera usted lo posible para ver de nuevo a Henderson. Cenar con él, si conviene.

—Debe usted pedirme esto por favor—dijo Karen intentando coquetear un poco.

—Señorita Van Meer, mis órdenes se obedecen sin réplica y esto es una orden.

—Bonita manera de dar órdenes, ya veré si las cumplo.

Era indudable que Karen, la cual había dejado de estar al servicio de Compton para pasar al de McMasters, estaba más interesada en el hombre que en el magnate del petróleo y aun cuando él se sentía halagado por aquel éxito, no olvidaba por ello su negocio. Betsy adivinaba algo de todo esto, pero ignoraba hasta qué punto Karen dominaba a su marido, y procuraba convencerse de que seguramente no era más que una secretaria de lujo, indispensable en un negocio donde todos procuraban hacerse tanto mal como podían. La habilidad de Karen era indiscutible y ayudada por su belleza y astucia lograba arrancar confidencias de los comerciantes, que sabía vender a buen precio.

A Betsy se le hacía difícil comprender todo aquello, porque era

una mujer buena, sencilla, sin complicaciones en su vida, y aceptaba aquella situación porque su marido, a quien amaba entrañablemente, la convencía de que en Nueva York se trabajaba en aquella forma.

McCreery ofreció un diario a su jefe en cuanto éste colgó el auricular dando por terminada la conferencia con Karen.

El periódico era el órgano de los comerciantes de petróleo y con grandes titulares se leía la siguiente noticia:

«John Sand, otro rey del petróleo, en Nueva York».

—¡Oh, Sand en Nueva York!

McCreery, Ward y otro empleado que estaba en el despacho miraron asombrados a su jefe al notarle un poco excitado.

—Se trata de mi viejo socio, Ward.

—Dicen que estuvo muy afortunado en Oklahoma y se le considera uno de los hombres más ricos de hoy día—acclaró Ward.

—¿Qué ha dicho la señorita Van Meer?—preguntó McCreery.

—Que esperemos un poco, pues tal vez no será necesario invertir tanto dinero.

—Es posible que tenga razón, pero a veces un retraso perjudica el negocio—contestó McCreery, quien sin duda no aprobaba la interven-

ción de aquella señorita en negocios tan importantes como los que ellos llevaban entre manos.

—McCreery—dijo McMasters—, esa señorita no se ha equivocado nunca todavía.

Los empleados se retiraron y entró la señorita Barnes.

—Hay correo para contestar, señor McMasters.

—Sí, pero antes... ¿Ha llamado John Sand preguntando por mí?

—No.

—Vea si se hospeda en el Waldorf Astoria.

La señorita Barnes hizo la llamada apetecida.

—Sí, el señor Sand se hospeda aquí, pero no está en su habitación en este momento. ¿Quién pregunta? ¡McMasters! Muy bien. El señor Sand ha ido a las carreras de caballos. ¿Desean algún recado? Muy bien, le diremos que ha preguntado por él el señor McMasters.

Sin perder un minuto, McMasters salió de la oficina, montó en el lujoso automóvil que le esperaba y se dirigió a las carreras. Después de buscar un rato vió a Sand y Luther Aldrich sentados en la tribuna preferente. Con toda naturalidad llegó hasta donde estaban y se sentó casi a su lado. Aldrich fué el primero en darse cuenta de su presencia.

—¡Oh, McMasters! Estábamos seguros de que te veríamos...

—Me enteré de que habías tenido suerte en Oklahoma—dijo McMasters a Sand.

—¿Suerte? Te diré, he comprado todo lo de los Murphy. Estoy predestinado a quedarme sin socios.

La presencia de Sand en Nueva York había puesto en movimiento a todos los propietarios de refinerías, esto lo demostraba la aparición de Harry Compton en las carreras y no lejos de donde estaban los tres amigos.

—¡Oh, McMasters! ¿Usted también por aquí?—dijo Compton con cierta nerviosidad.

—Sí, como usted—repuso el aludido.

Sand sonreía satisfecho al ver que él era el blanco de los intereses de los dos grandes refinadores.

—Sand, me han dicho que piensas cerrar un trato con Compton...

—No lo sé. Trabajo tan bien solo.

—No es seguro—dijo Aldrich—; es posible que hagamos algo.

—¿Hagamos? Aldrich, ¿estás metido tú también en esto?

—Sí, me facilitó la maquinaria para la explotación en Oklahoma... a cambio de un diez por ciento.

—¿A esto le llamas facilitar? ¿Y tuvo el valor de decir que él lo facilitaba?

—McMasters, ¿finalmente fuiste tú quien salió de fiador? Aldrich, siempre el viejo avaro, asegurándose en todos los negocios para no salir perdiendo nunca.

—Sand, no te pongas así, porque no soltaste un centavo—dijo Aldrich tartamudeando—. El pozo rindió en seguida.

—Y de no haber sido así, yo hubiese pagado el equipo—agregó McMasters—. Bueno, no importa. Todos somos millonarios, no hay por qué andar discutiendo por un equipo de maquinaria más o menos. Vámonos a mi oficina donde tengo un coñac estupendo.

Los tres hombres se dirigieron al despacho de McMasters, donde empezaron a hablar y recordar los tiempos de Burnett, apurando más coñac de lo que convenía en aquellos momentos.

La señorita Barnes entró en el despacho, viendo con desagrado el comportamiento de su jefe.

—El señor Compton llama preguntando por los señores Sand y Aldrich.

—Dígales que están jugando a cartas—dijo McMasters sonriendo.

La secretaria desapareció indignada de veras.

—Sand, asociáte conmigo. Tengo un despacho magnífico a tus órdenes—dijo McMasters.

—Estamos medio comprometidos con Compton—insinuó Aldrich.

—De ninguna manera consentiré que hagáis negocio con aquel... granuja. Sand y tú, Aldrich, os quedáis conmigo y ya veremos. Debéis adaptaros a Nueva York, alternar, vestir bien, disfrutar de lo que habéis ganado. ¿De acuerdo?

Algunos días después, estando Sand en el despacho de McMasters entró Karen Van Meer.

—Sand, ésta es la señorita Van Meer, de quien te he hablado.

—Pasaba por aquí y he pensado que tal vez usted me necesitara—dijo mirando a McMasters—. Yo tengo algo que comunicarle.

—Pase al otro despacho, Karen—indicó McMasters.

Los dos salieron hacia la habitación contigua dejando la puerta abierta. Sand podía verles desde donde estaba, pero no podía oírles.

—Supongo que esta noche tendré que cenar sola, Sand será el invitado de honor.

—Sand y yo tenemos muchas cosas que tratar—contestó McMasters a su secretaria detective.

—Los amigos de antaño interesan más que los de hoy.

—A veces, sí, Karen, y esta noche ceno con Sand.

Se reunieron de nuevo con Sand sin que éste hubiese oído una pa-

labra de lo hablado, pero había adivinado demasiado.

—Señor Sand, encantada de conocerle. Supongo que volveremos a vernos.

—Sí, sí; nos veremos a menudo, señorita.

Karen desapareció del despacho y Sand preguntó:

—¿Quién es esa dama?

—Trabaja conmigo...

—¿Aquí? ¿En la oficina?

—No, no; frecuenta mucho, se entera de todo y me lo comunica. Estaba al servicio de Compton y lo gré quitársela.

—Buena adquisición, buena adquisición—repuso Sand como si hablara solo.

McMasters quiso variar la conversación y pidió por teléfono que le comunicaran con su esposa. Lo consiguió en seguida.

—Betsy, cenaré en casa. Traigo un invitado. Claro, hombre de negocios, no alterno con otra gente.

Betsy sabía que Sand estaba en Nueva York, pero ignoraba que estuviera en buena armonía con su marido porque éste no le había dicho nada de sus encuentros. Poco rato después llegaban a casa de McMasters, una lujosa residencia, emplazada en uno de los distritos más distinguidos, tal como correspondía a un rey del petróleo.

Jackie, el niño de McMasters estaba jugando con Armonía, quien seguía con sus viejos amigos, desempeñando toda clase de cargos en la casa, desde cocinero a preceptor del chiquillo.

McMasters y Sand penetraron en la habitación donde estaba el niño. Armonía saludó efusivamente al antiguo compañero de penas y fatigas.

—Jackie, este es tío Sand—dijo McMasters.

—¡Oh, tengo un tío! ¿Jugarás a indios conmigo?

—A todo lo que quieras, muchacho. Bonito chiquillo, te envidio.

Betsy apareció y no pudo contener la emoción al ver a Sand de nuevo en su casa.

—No llores, Betsy, no creí causarte pena.

—No es pena, es alegría al ver que sois de nuevo buenos amigos. ¿A qué conducen todas las peleas?

—A ninguna parte, Betsy: pero esto no quiere decir que hayamos terminado de pelearnos. Ahora ya le hemos encontrado el gusto y posiblemente volveremos a chocar.

—Jackie—dijo McMasters—, es hora de ir a dormir. Vamos, papá te llevará en hombros.

Padre e hijo salieron de la habitación quedando solos Betsy y Sand.

—¡Qué instalación más magnifi-

ca!—dijo Sand—. El chiquillo es hermoso. Betsy, ¿eres feliz?

De nuevo asomaron las lágrimas a los ojos de Betsy.

—Hay algo que no te satisface. Betsy, sé franca...

—No, Sand, no; todo marcha bien. No me hagas caso, la vida de Nueva York me pone nerviosa a veces, pero no tiene importancia.

Algunos días más tarde, Betsy visitó las refinerías acompañada de su esposo, Sand y Aldrich. Era casi un hecho que los dos viejos amigos se asociaban de nuevo; pero el contrato no estaba firmado todavía.

Mientras estaban visitando las instalaciones, McMasters se había retrasado un poco y sus tres acompañantes le esperaban a poca distancia. Desde donde se habían estacionado le veían perfectamente, como también veían la puerta de entrada a la galería. Karen Van Meer apareció por la entrada principal. Tampoco ella vió a los que esperaban; sólo advirtió la presencia de McMasters.

—Aquí está el hombre que...

Iba a agregar algo más cuando se dió cuenta de la presencia de Betsy y los otros dos.

—Le he estado buscando por todas partes —dijo rectificando—. Acabo de enterarme que varios comerciantes de gasolina se han re-

unido en Washington y hablan de rebajar los precios.

—Sand, esto parece serio. ¿Y si marcháramos a Washington?

—Si lo crees necesario puedes ir solo. Yo me quedo en Nueva York. Quiero que Betsy nos enseñe todo lo que hay que ver en este pueblo tan grande.

—Señores—dijo Karen dirigiéndose a todos en general—, yo debo marcharme. Buenos días a todos.

—Espere, señorita Van Meer—dijo McMasters—, tengo que hablarle. Vuelvo en seguida, Betsy.

McMasters se alejó del grupo siguiendo a Karen. Los otros tres permanecieron un rato silenciosos y por fin, Betsy dijo, solamente para disimular:

—Es interesante una refinería, ¿verdad?

—Tengo que marcharme en seguida—dijo Sand—. Hasta luego.

Aldrich y Betsy quedaron solos y entonces ella ya no disimuló más:

—Créame, Aldrich, si no fuese por el niño...

—Betsy, no sea así. No se puede juzgar por las apariencias. Su marido es un buen muchacho.

—En Burnett yo no habría tolerado esto; pero aquí todo es tan distinto, estoy tan sola. Es posible que desconozca las costumbres, pero no comprendo que en los negocios ten-

gan que intervenir las mujeres en esa forma.

—Betsy, Betsy, no se preocupe y verá cómo todo se arregla.

Karen Van Meer vivía en un lujoso piso que podía fácilmente mantener con lo caras que vendía sus informaciones comerciales a los reyes del petróleo. Tenía una criada negra, tanto o más intrigante que ella.

Un día llamó a la puerta de Karen un hombre desconocido de la negrita. Esta intentó decirle que su ama no estaba en casa; pero él iba decidido a recorrer todo el piso hasta encontrarla, por lo que de un suave, pero resuelto empujón apartó a la doméstica de su paso y penetró en un saloncito, donde estaba Karen cómodamente instalada en un sofá.

—¿A qué obedece su presencia aquí, señor Sand?—preguntó, serena en apariencia.

—¿Sabe usted que es la mujer más guapa de Nueva York?

La pregunta desconcertó a la hermosa.

—¿Podrías invitarme a beber algo?—insinuó Sand.

Karen había perdido la palabra. Se preciaba de saber disimular su verdadera condición y calidad, y ahora se encontraba ante un hom-

bre que sin duda la vela tal cual realmente era.

—Márchate—dijo a la negrita—, y te ofrezco el mejor collar de brillantes que encuentres en las joyerías de la Quinta Avenida.

La criada salió riendo del salóncito.

—Tienes un pisito hermoso y tengo entendido que eres una muchacha muy lista. ¿Sabes cuánto pago de impuesto sobre mis rentas? Doscientos mil dólares anuales.

—Bonitas rentas debe tener usted—dijo Karen al fin, recobrando un poco la serenidad.

—Es posible que no lo creas, pero más de una chica ha llorado por mí...

—Pero ¿por qué me lo explica usted a mí?

—Tengo buen carácter, no ronco ni pego a las mujeres, tengo una fortuna inmensa, no sé qué hacer con ella, ¿quieres casarte conmigo?

Karen no salía de su asombro. Sentía halagada su vanidad y, no obstante, presentía el insulto.

—No le comprendo. Usted no quiere casarse conmigo y acaba de pedirme en matrimonio. ¿Por qué?

—Estoy en mi cabal juicio, Karen. Si nuestro matrimonio es un fracaso, te cederé la mitad de mi fortuna. Arreglaremos esto antes de casarnos.

—Ahora empiezo a ver claro. El gran hombre dispuesto a sacrificarlo todo para la felicidad del amigo, y otra cosa también, más importante todavía: usted ama a Betsy y no puede soportar que sufra, y es por ella por quien usted sacrificaría la mitad de su fortuna y se casaría conmigo... porque estorbo.

—¿Qué dices? ¿Nos casamos?

—Usted me detesta.

—Lo has acertado. Yo siempre digo la verdad.

—Me di cuenta el día en que McMasters me presentó a usted.

—No me gustan los cazadores furtivos. A mí todo este lujo que te rodea no me engaña. Yo sé lo que hay detrás de estas cortinas de seda y te advierto que no lograrás dividir a aquella familia...

—Qué interesante es todo esto... y qué divertido al mismo tiempo.

Karen quería aparentar gran indiferencia, pero estaba un poco desconcertada.

—Mi oferta sigue en pie... ¿Te casas conmigo?

—¿Qué tendrá esa mujer para merecer el cariño y respeto de todos?—dijo Karen perdiendo el dominio de sus nervios.

—Existen cosas en este mundo que tú no puedes comprender...

—Ya estoy cansada de oírlo. Salga de mi casa. Mañana marchó a

Washington y si encuentro a Mc-Masters allí le daré cuenta de esta entrevista.

—Pues si quieres seguir mi consejo no le digas nada, ¿entiendes? no le digas nada, no vayas a arrepentirte luego de haber hablado demasiado.

Sand salió desanimado de su visita a Karen. El quería quitar a esa mujer de la vida de Mc-Masters tanto para él como para Betsy y había fracasado. No obstante, no se daba por vencido y no cejaría hasta conseguirlo, aunque para ello tuviera que arruinar a Mc-Masters.

Más tarde se reunió con Aldrich en el hotel y estaban comentando la entrevista con Karen. Una llamada telefónica les interrumpió.

—Es Armonia que pregunta por ti—dijo Aldrich.

—¿Qué ocurre, Armonia?

—La señorita está enferma y Mc-Masters está en Washington. Sabiendo que tú y Aldrich estáis aquí he creído conveniente llamaros.

—Telefona también a Washington que regrese tu amo inmediatamente. Nosotros venimos en seguida.

La angustia y nerviosidad en que hacía días vivía Betsy habían acabado por enfermarla y el súbito viaje a Washington de su marido, sin mo-

tivo justificado para ello, produjeron una seria crisis.

Cuando Sand llegó a casa de su amigo, el doctor ya había visitado a Betsy. Su estado era un poco alarmante debido a la excitación nerviosa, pero opinaba que con reposo y una ausencia en el campo no habría nada que temer.

—John Sand—dijo Armonia—, esta vida no es para nosotros. Desde que estamos tan recargados de dinero no tenemos un día de felicidad. Deberíamos volver al Oeste.

—Puedes estar tranquilo, que al Oeste volveréis, y sin un centavo.

Sand, dispuesto a que renaciera la paz en aquel hogar, se asoció con Compton, rechazando el contrato que Mc-Masters le había propuesto. Su finalidad consistía en arruinar a su viejo amigo. Sin dinero volvería al lado de su esposa, volvería al Oeste para rehacer su fortuna, y mientras tanto desaparecerían de su vida muchas cosas que sobraban.

No fué cosa de dos días hundir a Mc-Masters porque su posición era sólida. Pero cuando un hombre como Sand se empeñaba en algo, también acostumbraba a salir con la suya. Se persiguió a Mc-Masters por infringir la ley antimonopolizadora. Sand y él sostuvieron una terrible lucha en su oficina, y cuando llegó el momento en que, ya arruinado por com-

pleto, el tribunal iba a condenar a McMasters, se levantó Sand e hizo una defensa de su amigo que dejó pasmados a todos: a Compton el primero. Con ello logró que le absolvieran, pero no que recuperara su fortuna.

Cuando la vista hubo terminado, McMasters se acercó a Sand y le dijo:

—Has hecho un discurso magnífico. No sabía que hablaras tan bien, chico. Indudablemente me has salvado; pero ¿por qué te asociaste con Compton y me arruinaste, para luego salir en defensa mía?

—¿No lo entiendes? Mejor. Lo interesante es que hayas salido bien y estés dispuesto a marchar de Nueva York mañana mismo.

—Sí; me queda un terreno en California, donde podremos perforar en seguida. ¿Vendrás con nosotros?

—No; ya estoy harto de pozos de petróleo.

* * *

ALGUNAS semanas después, en unos terrenos en el Estado de California, situados en las colinas de Kettleman, se levantaba

una tienda de campaña. Allí se veía una mujer joven y bonita: todavía, un niño y un hombre de aspecto original. Eran Betsy, Jackie y Armonía.

Algo separados de lo que se podía considerar como la vivienda, estaban hablando McMasters, Sand y Aldrich.

—¿Por dónde empezaremos a perforar?—preguntó McMasters.

—En aquel hoyo—dijo Sand.

—No, más arriba, junto a aquellas piedras.

—¿Te acuerdas del esqueleto del ciervo?

—Sí; estamos igual que entonces, con un poco más de experiencia.

Se oyó un ruido que quiso ser una campanada. Era Armonía que avisaba la hora de comer.

—¡Conejo a la parisien!

Betsy y el chiquillo fueron a reunirse con los hombres. Podrían no tener dinero, pero todos parecían felices.

—¿Creéis que en estos terrenos encontraréis petróleo?—preguntó Aldrich.

Nadie contestó, porque no sabían qué responder en aquel momento. La respuesta a esta pregunta llegó dos años más tarde, cuando las colinas Kettleman eran las que producían más petróleo de todo el país.

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin	Warren William
Héctor Fioramosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pampadour	Kate de Naji
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothern
Maria Ilona	Paula Wessely
Parada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vero	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Rühman

SERIE ALFA 2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Barchon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones juez Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Cecilia Gaby y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insuperable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
Los dos pilotes	Jacques Tivoli
Pygmalion	Leslie Howard
Maria Estuardo	K. Hepburn
Cuidado con lo q. hacen	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El signo de la Cruz	Eliot Landi
El asesino invisible	Walter Abel
El pequeño lord	Fred. Bartholomew
Trazán de las fieras	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusada	Dolores del Río
Feria de hombres	Mickey Rooney
Lo proficero millonario	Jenny Judo
Los peligros de la gloria	Gene Raymond
La bella rebelde	James Cagney
Buscando fama	Ann Sothern
Una mujer imposible	Don Ameche
El hombre del Níger	Victor Francen
Estranos en luna de miel	Hugh Sinclair
Fruto dorado	Clark Gable

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina	Estrellita Castro	Alfredo Mayo	Manuel Luna
Miguel Ligeró	Melvyn Douglas	Antonio Vico	James Stewart

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL
2 ptas.

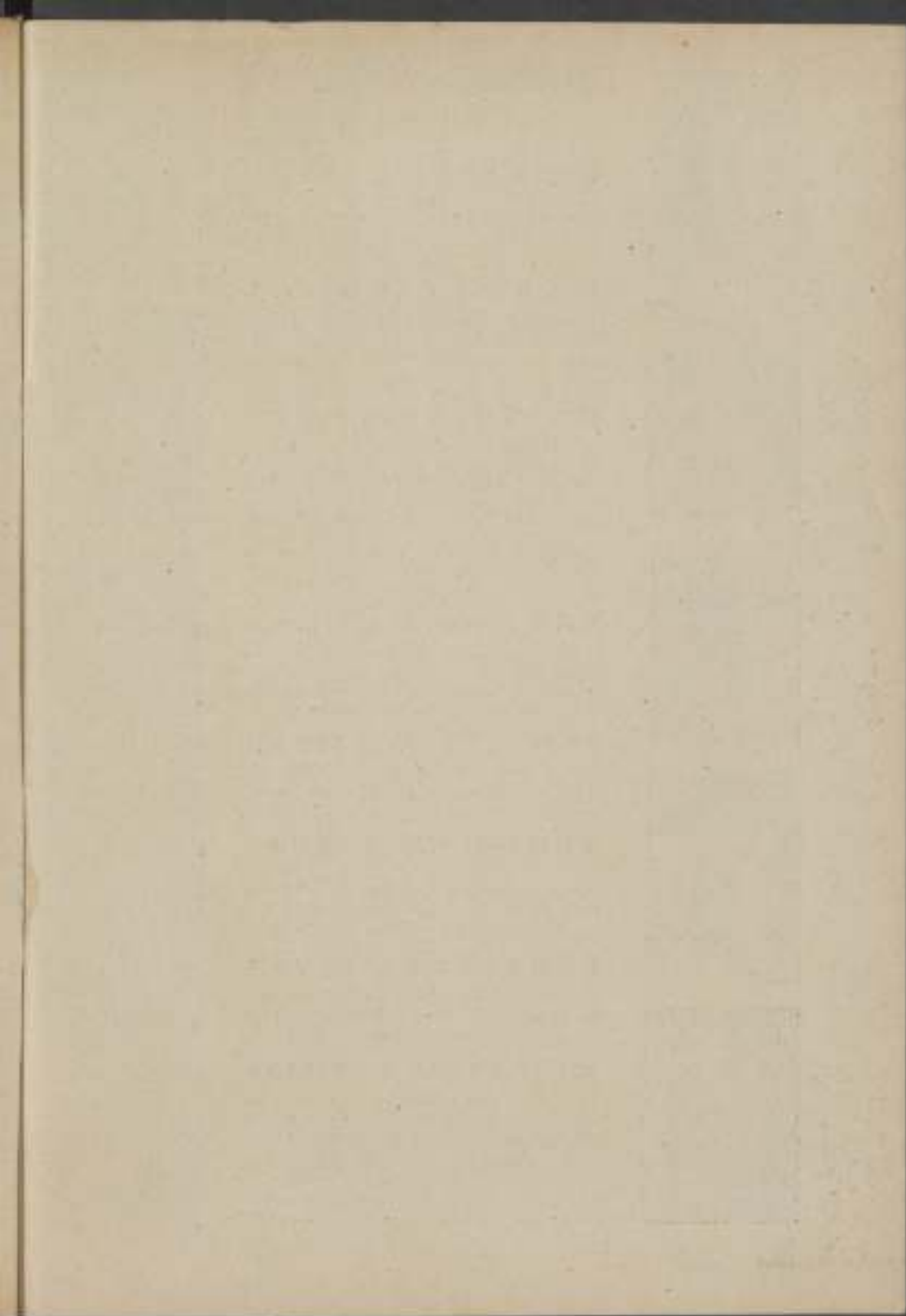
La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	Marie Arlas
Rinconcito andalés	P. G. Velázquez
María de la O	Carmen Amaya
(No quiero!) (No quiero!)	José Baviera
La canción de Aixa	I. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Allaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
Martingale	Niño Marchena
Rapto de usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mujer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Jai-Alai	ines de Val
¿Quién me compra un lío?	Maruja Tomás
Alas de paz	Lois de Volois

SERIE ALFA 2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El cobro lacrado	L. Gargallo
La Dolores	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Las de Aragón)	M. de Diogo
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Melodía de arrebato	I. Argentina
Misterio en la Marisma	C. Gardel
Rosas de otoño	Tony D'Algy
La patria chica	M. F. L. Guevara
La chica del gato	Estrellita Castro
Un anillo de familia	Josita Hernán
	Mercades Viciano

SELECCIONES
BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
La Putenara	Juan Monfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazzari
Cautivo del desierto	Leslie Howard
Flor de espiña	Gracia de Triana



CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

Precio: 2'50 pts.

CONCHITA PIQUER

Tatuaje - La Luna - La Charanga - Almudena
Dime que me quieres - Eugenio de Montijo
No me llames Dolores - La niña de la esta-
ción - Etc.

MARUJA TOMAS

Lola Montes - Yedra - La Chiquita Pionera
Farolera - Boca y Bata - La niña de la Ven-
tera - Caravana - Gloria Lux - ¿Qué te pasa,
Trini? - Te lo juré yo - Etc.

MARCOS REDONDO

El Diva - La Tabernera del Puerto - La rosa
del anfitrión - La cel. manojito de rosas - El
cantar del arriero - Luisa Fernando - Etc.

IMPERIO ARGENTINA

Coyocoy - Carmen - Aixa - Melodía de
arriero - Su noche de bodas - Lo mejor es
volar - Morena clara - Etc.

RAFAEL MEDINA

Dulces recuerdos - Perdóname - Angelita
Soñar otra vez - Ranchero sty - Presen-
timiento - Tango de amor - Al son de la
marinista - Horas felices - Etc.

ESTRELLITA CASTRO

La copla de Luis Candelas - Romance marí-
tico - La Camelia - Los misterios de Tánger
La danza del fuego - Blanca Paloma - Etc.

CONCHITA PIQUER

(ESPECTÁCULO 1943)

Vengo de Lisboa - Ropa tendida - La rosa
de la bahía - Yo no me quiero enterar - Ro-
mance de los siete niños - Etc.

CONCHITA PIQUER

Romance gitano - El arriero - A la vera vera
Los misterios de Tánger - Noche de San Juan
La Emperatriz y Granada - Etc.

ASI SE CANTA EN ESPAÑA

La jota - El cantar andaluz - Canciones de
Castilla - Corrandas catalanas - Los cantos
de Levante - Isas y folías canarios - Etc.

CANCIONERO INFANTIL

Villancicos - Juegos - Canciones de cuna -
Nanas - Canciones de Nadal - Romanillos - Etc.

